

SEYMOUR MARTIN LIPSET

## LOS ESTADOS UNIDOS. LA PRIMERA NACIÓN NUEVA \*

Lo que se refiere a las condiciones sociales que alentaron las relaciones políticas no autoritarias, en las nuevas naciones de Asia y África, se ha convertido en la preocupación principal de políticos y académicos en la era de la posguerra. Un nuevo campo de investigación, el estudio del desarrollo, ha surgido en el terreno de la Economía, las Ciencias Políticas y la Sociología. El mismo hecho de que este V Congreso Mundial de Sociología elija como tema primordial de sus sesiones la sociología del desarrollo, indica su creciente importancia.

Al definir los problemas sujetos a estudio para mejorar el conocimiento y normar las recomendaciones en este aspecto, la mayoría de los eruditos se avoca al examen detallado de las relaciones entre diversos modelos de desarrollo y a las situaciones existentes en Estados subdesarrollados o nuevos específicos. Esto es particularmente exacto para el trabajo de los investigadores de las Ciencias Políticas y para los sociólogos. Los economistas, sin embargo, cuya disciplina en la actualidad opera con un cuerpo teórico mucho más reglamentado que el de otras especialidades, han enfocado los problemas del desarrollo sentando la premisa de que éstos no son sino los más recientes acontecimientos enmarcados en un patrón que iniciaron hace siglos los hoy día países desarrollados. Las generalizaciones hechas acerca de los procesos de desarrollo en Europa occidental, las naciones de habla inglesa de ultramar, o Japón, se presume que son aplicables a los esfuerzos de la actualidad. Cuando los economistas

\* Estudio presentado a la Sesión Plenaria de la Sociología del Desarrollo para el Quinto Congreso Mundial de Sociología en Washington, D. C., septiembre 1962. Estoy en deuda con Gene Robinson y Audrey Wypper por su ayuda. Los miembros del Grupo de Investigación del Desarrollo Comparativo comentaron un ensayo anterior, y les estoy especialmente agradecido. Esto incluye, en particular, a David Apter, David Landes y Neil Smelser.

hablan de una teoría o de varias teorías del desarrollo, hablan de relaciones dadas aplicables, por los factores relevantes constantes que poseen, a Inglaterra, América, Japón, India y Ghana. Gran porcentaje de la historia económica se percibe como la mayor parte del estudio del desarrollo económico. En cambio, las Ciencias Políticas y la Sociología no han afrontado el problema en términos similares. Los especialistas en Ciencias Políticas que estudian la legitimidad nacional, la integración lingüística, las relaciones entre las clases sociales y sistemas partidarios en los nuevos Estados, se abstienen en su mayoría de generalizar teniendo como base la experiencia de los viejos Estados. Los sociólogos, excepción hecha de los demógrafos, han incurrido en el mismo error. Ellos también han analizado la evolución de las identidades nacionales, han integrado sistemas de valores y cambiado las relaciones de clase de Asia y África como si fueran *sui generis*. Este ignorar los "viejos Estados" refleja largamente la oblicuidad anti-histórica de la ciencia social funcional. Mientras la historia económica ha sido parte integral de la Economía, eslabonada a los mismos modelos teóricos que el resto de la materia, la historia social y política nace aparte del esfuerzo de crear una ciencia social sistemática. Los investigadores de la Sociología que se dedican a esta tarea no utilizan material histórico para probar sus hipótesis, en parte porque los datos útiles para las generalizaciones históricas parecen menos fidedignos que los recabados mediante las nuevas técnicas contemporáneas.

Si la sociología del desarrollo tiene alguna significación, debe forzosamente incluir el análisis de los procesos del desarrollo ocurridos en el pasado de los Estados ya industrializados, tanto como los procesos de las naciones en actual desarrollo. Dentro del contexto importa observar que la primera y mayor colonia que rompió exitosamente los lazos con la regla colonial a través de la revolución, fueron los Estados Unidos. Los Estados Unidos pueden con justeza reclamar el título de primera nación nueva. Fue, claro está, seguida en el lapso de unas cuantas décadas por la mayor parte de las colonias españolas en Norte y Sudamérica. En tanto que los Estados Unidos ejemplifican una nueva nación de economía industrial y fructíferamente desarrollada, una estructura social integrada hasta cierto punto y una política democrática estable, la mayoría de las naciones latinoamericanas han fracasado al no desarrollar tan rápidamente estas tres dimensiones. Casi todas permanecieron subdesarrolladas económicamente, divididas internamente en clases, razas y a veces en grupos lingüísticos, y tienen política inestable, ya sea democrática o dictatorial.

Aquí examinaré el periodo primario de la historia americana, el periodo durante el cual este país estuvo envuelto en el establecimiento de una

política democrática firme, en un esfuerzo por elucidar mediante el análisis compartivo *algunos problemas comunes y algunos procesos comunes de desarrollo*. Este periodo primario es de particular importancia, pues se trata de un tiempo en que se establecen patrones que serán reforzados por acontecimientos exitosos y que culminan eventualmente en estructuras institucionales.

Hay una tendencia en aquellas naciones que han resuelto tales problemas, a mirar con impaciencia la agitación interna de estas nuevas naciones y a alarmarse en especial por las fuerzas oligárquico-dictatoriales y revolucionarias que sacuden sus débiles cimientos. Aparejado a esto existe también la inclinación a esperar que estas naciones lleven a cabo en una década lo que otras han tardado un siglo e incluso más en hacer. Una mirada retrospectiva hacia nuestro propio pasado puede ayudarnos a comprender lo que con tanta velocidad ocurre, y también a destruir la noción de que nosotros procedimos fácil y cómodamente al establecimiento de las instituciones políticas democráticas. Accidentes históricos, fuerzas antidemocráticas y autoritarias, héroes y villanos, acontecimientos exteriores, todo se entremezclaba en un *potpourri* de tendencias en conflicto. En este periodo que presencié el establecimiento de la legitimidad política y del gobierno, de un solo partido, fue corriente el que las diversas fuerzas oscilaran entre el sistema unipartidario y el bipartidario, y aun se puso en duda el hecho de que los Estados permanecieran unidos o fueran separados.<sup>1</sup> Llevó *tiempo institucionalizar valores, creencias y prácticas*, y se produjeron muchos incidentes que revelaron cuán frágiles eran los conceptos de democracia y nación en la realidad. Hubo combinaciones para impedir al elegido legalmente tomar posición de su cargo, hubo leyes que concedían al partido en el poder el derecho de perseguir a sus oponentes políticos, se sucedieron luchas entre partidos que representaban valores minoritarios o igualitarios, y virtualmente se siguió durante treinta años la línea política de un solo partido.<sup>2</sup>

A la par de colocar la armazón institucional, la nueva nación hubo de acometer la tarea de mostrar al populacho que el sistema servía en realidad. Y como parte de la reacción contra el anterior y dependiente estado de cosas, surgió por un lado el rechazo de todo lo relativo al país materno y un esfuerzo auto-consciente por establecer una entidad separada. De otro lado continuó existiendo una admiración profundamente arraigada respecto a la cultura y valores ingleses. Una hostilidad irracional casi hacia los valores minoritarios o de la élite se reflejó en la poderosa corriente anti-intelectualista, iluminada por movimientos populares. Tampoco adoptamos inmediatamente lo que hoy en día se llama una perspectiva nacional ma-

dura o responsable: una política extranjera neutral que apareció ante los ojos de los poderes imperantes en aquella época como una política "oportunistista". Esto, más los esfuerzos de agresión territorial, nos convirtió en un aliado poco digno de confianza y en cierto modo produjimos incomodidad en la escena internacional.

Pero fue a partir de este momento crucial de confusiones y conflictos que valores y metas fueron definidos, que los resultados se consignaron, tomáronse posiciones y en una palabra *se estableció una identidad*. Como los países, al igual que las personas, no poseen al nacer una identidad definida sino que deben adquirirla a través del arduo proceso del crecimiento, proceso que tiene mucho de doloroso y en cuyo transcurso los errores parecen enterrar los aciertos; donde las chapuzas y los esfuerzos conscientes borronean cualquier concepto ideal de nación y donde los elementos son heterogéneos y a menudo incompatibles, de manera que sencillamente parecen no armonizar jamás.

Veamos ahora un examen más detallado de algunos problemas comunes a las nuevas naciones.

### 1. *La crisis de la legitimidad y el papel del líder carismático*

Un problema nodular que encaran las nuevas naciones y las sociedades posrevolucionarias es la crisis de la legitimidad. El orden viejo ha sido abolido y con él la cadena de creencias que justifican su sistema y autoridad. El ogro imperialista sobre quien caían todas las culpas ha desaparecido ya, y con él la gran fuerza unificadora, el nacionalismo, bajo cuya bandera se dejaron de lado diferencias de carácter privado, étnico y seccional, se ha debilitado. El nuevo sistema está sólo en proceso de formación, y así surge la pregunta: ¿a quién se debe lealtad? ¿qué clase de valores legitimarán el ejercicio del poder? Pues la esencia de lo legítimo, sea tradicional o carismática, o tradicional legal, se deriva de creencias compartidas: esto es sentimientos entre los miembros acerca de lo que constituye la lealtad. En los nuevos Estados, el gobierno encuentra que no puede asumirse lealtad entre la mayoría de los ciudadanos hacia tales sentimientos, o que aun la experiencia que los hizo seguir se desarrolla lentamente. Para decirlo con las palabras que expresó Ernest Renan en una conferencia en 1882, "Haber hecho juntos grandes cosas en el pasado, desear hacer más, éstas son condiciones esenciales para ser un pueblo. . . la existencia de una nación constituye un plebiscito diario."<sup>3</sup> Al señalar que el *consentimiento* es el factor esencial, Renan decía que si el pueblo

no creía en el derecho de actuar del gobierno, si se ponía en tela de juicio su base de autoridad, entonces la esencia misma de una política estable corre peligro. Particularmente en los nuevos Estados, la autoridad gobernante encara situaciones en las cuales segmentos importantes de la sociedad sienten que ese gobierno es ineficaz o directamente contrario a sus intereses. En tales situaciones, la pregunta de por qué debieran tales grupos obedecer, por qué debieran aceptar una decisión que afecta negativamente sus valores e intereses, puede surgir.

Como apuntaba Max Weber, hay en esencia tres maneras mediante las cuales un sistema de autoridad puede conquistar la legitimidad, y por lo tanto el "título a gobernar". 1) Puede conquistar este derecho mediante la *tradicición*, mediante el haberlo poseído "siempre" y por ello reforzando la creencia en su justeza por medio de varios actos simbólicos. El título que mantienen las sociedades monárquicas es esencialmente de este tipo. 2) El dominio *racional-legal* existe cuando los que invisten autoridad son obedecidos a causa de una general aceptación del sistema legislativo bajo el cual ejercen. 3) La autoridad *carismática* descansa en la fe depositada en un líder al que se atribuyen grandes virtudes personales, las cuales bien pudieran provenir de Dios como en el caso del profeta religioso, o de algunos actos personales que revelan un talento dirigente casi sobrehumano. Este concepto introducido por Max Weber en la sociología fue definido en los siguientes términos: "La autoridad carismática descansa en la poco frecuente y extraordinaria devoción a la santidad o fuerza heroica de un individuo y el orden revelado o creado por él."<sup>4</sup>

Los Estados antiguos poseen una legitimidad tradicional, y esto no importa para lo que nos ocupa sino en la medida en que los nuevos Estados están a veces en posición de acrecentar su propia legitimidad incorporando la ya existente legitimidad de autoridades, centros o figuras subordinados. Así, Estados que mantienen autoridades locales como duques, condes, jefes, cabezas de clan, etc., y crean un sistema de autoridad nacional más grande basado en ellos, podrán ser más estables que aquellos que buscan destruir los centros locales de autoridad. Puede argumentarse que la legitimidad nacional del gobierno republicano más estable de Europa, Suiza, es un resultado de la legitimidad cantonal a consecuencia de la preservación del gobierno y del poder cantonales. La Malaya contemporánea es un ejemplo reciente del esfuerzo por nutrir la legitimidad nacional reteniendo símbolos tradicionales de autoridad local.<sup>5</sup>

Pero allí donde la legitimidad tradicional está ausente, como era el caso de los Estados Unidos o Francia después de sus revoluciones, y como es el de muchos Estados contemporáneos de África y Asia, puede des-

arrollarse sólo por medio de la autoridad legal o carismática. La dominación legal, basada en el supuesto de que la estructura legal creada es un medio efectivo de lograr fines comunes, resulta necesariamente un débil punto de partida para la autoridad en aquellas sociedades cuyas leyes han sido identificadas con los intereses del explotador colonial.

La autoridad carismática se adecua bien a las necesidades de las naciones de reciente desarrollo. No requiere ni tiempo ni un complejo racional de reglas y es altamente flexible. Un líder de esa índole juega diferentes papeles. Es el primero de todos los símbolos de la nueva nación, el héroe que personifica sus valores y aspiraciones. Pero más que simbolizar simplemente la nueva nación, legitima el Estado, el nuevo gobierno secular, concediéndole su "don de gracia". Apter nos muestra los medios de que se valió el gobierno de Ghana para conquistar una difusa legitimidad del carisma de N'Krumah. La institucionalización de un orden legal-racional, del parlamentarismo, del proceso debido y de todo lo demás fueron posibles gracias a la sanción de N'Krumah.

El carisma ha desarrollado el apoyo de las masas hacia N'Krumah, pues esta cualidad ha constituido el punto de partida de una unidad orientadora y organizativa que tiende a derribar el separatismo local y la falta de unidad de criterio que a menudo caracteriza a los Estados que empiezan a surgir.

*Como el carisma ha operado en la Costa de Oro (Ghana) como una fuente de legitimidad recién aceptada, ha propiciado la extensión pública de la legitimidad y contribuido a un nuevo tipo de estructuras sociales al mantenerse dentro de los objetivos del nacionalismo...<sup>6</sup>*

La justificación carismática para la autoridad puede verse como un mecanismo de transición, una medida interna, que induce al pueblo a observar las exigencias de la nación por pura lealtad al líder, hasta que no aprende a hacerlo por su propio bien. En suma, el héroe ayuda a franquear la barranca hacia un Estado moderno. Los ciudadanos pueden sentir por el héroe un afecto que no sentirían por la entidad abstracta de la nación.<sup>7</sup>

La dirección carismática, sin embargo, a causa de su extrema personalización, es sumamente inestable. Al contrario de las situaciones de autoridad racional-legal o tradicional, donde es posible quitar y poner subordinados sin mirar el núcleo de la autoridad sea éste el monarca o la constitución, en un sistema carismático el núcleo de la autoridad nunca está separado de la inculcación real.<sup>8</sup> Dada la imposibilidad de separar las fuentes o meollos de las simples agencias de autoridad, el líder carismá-

tico debe, o situarse en una posición donde no esté sujeto a la crítica, por ejemplo en un fuerte sistema unipartidario, o deberá sobrepasar a los partícipes del conflicto. Mientras el líder carismático esté presente, habrá oposición sobre bases individuales y aun oposición faccional informal, pero no una oposición organizada de un partido formal que tenga su propio líder.

Consecuencia de esta dirección personalizada es que la clase de patrones que se institucionalizan están determinados en una extensión considerable por las inclinaciones del líder en particular. Él puede reunir en torno suyo un escogido grupo de discípulos, hombres que sienten hacia él la lealtad personal debida al jefe, y concentrar tanto los símbolos como la práctica en su propia persona. O también puede permanecer al margen de las luchas cumpliendo así un papel semejante al de un monarca constitucional, que posee gobierno y oposición leal, estimula el desarrollo de los partidos políticos y la evolución de un sistema burocrático. Así, la armazón del desarrollo eventual de las instituciones, bien sean democráticas o dictatoriales, puede establecerse.

La primitiva República Americana, como muchas de las nuevas naciones, fue legitimizada por el carisma. Tendemos a olvidar hoy que George Washington fue idolizado como muchos de los líderes contemporáneos de los nuevos Estados.

En la bien empleada frase de Henry Lee, él fue *el primero en la guerra, el primero en la paz y el primero en los corazones de sus conciudadanos*. . . Fue el primer héroe nativo, una creación necesaria para el nuevo país. Sólo fue preciso reemplazar "George Guelf" (nombre de Jefferson) por George Washington. . . Desde aquí. . . los comentarios. . . hechos por el viajero europeo Paul Svinin, en 1815: "Cada americano considérase en el sagrado deber de tener una imagen de Washington en su casa, igual que nosotros tenemos imágenes de los santos." Para América, fue constructor y vindicador, santo, patrón y defensor de la fe, en una curiosa creación o forma atemporal, como si fuese Carlomagno, Santa Juana y Napoleón Bonaparte, todos en una sola persona. . .<sup>9</sup>

Como Marcus Cunliffe, el autor inglés de una brillante biografía del primer presidente, apunta:

El emperador romano Vespasiano, agonizante, murmuró según dicen: "Ay, creo que estoy a punto de convertirme en dios". . .

George Washington. . . pudo con justicia haber pensado lo mismo mientras yacía en su lecho mortuorio en Mount Vernon el año 1799. Ya en 1775 bautizaron niños con su nombre y, mientras aún era Presidente, sus compatriotas pagaban por ver su

efigie de cera. Para sus admiradores era "el divino Washington", y sus detractores se quejaban de que se le mirase como a un "semidiós" a quien era un acto de traición criticar. "¡Oh Washington!" declaraba Ezra Stiles de Yale (en un sermón del año 1873). "¡Cómo amo tu nombre! ¡Cuán a menudo he adorado y bendecido a tu Dios, por haberte creado y formado para gran adorno del género humano!"...

Sus contemporáneos rivalizaban en sus tributos: todo parecía adjudicar a George Washington algo sobrehumano...

Algunos de sus paisanos, y entre ellos destaca John Adams, estaban un poco irritados por el culto a Washington. Pensaban que las adulaciones habían llegado demasiado lejos, tanto que parecía que, no habiendo tenido hijos propios, George Washington hubiera de asumir la paternidad de la nación entera. Sin embargo, incluso Adams estaba listo para defender a Washington, como producto nacional, contra todos los antagonistas de otros países, a condición de que las virtudes de George Washington fuesen las virtudes de América, y no al revés.<sup>10</sup>

El papel de Washington como el líder carismático bajo cuya guía pudieron crecer las instituciones políticas democráticas no fue involuntario. Él mismo reconoció que sólo su persona podría ayudar a la nación en la conquista de instituciones legítimas estables.

La exigencia primordial de América, como él la vio, era la confianza. *Crescit eundo* (crece mientras va) pudo bien ser el lema oficial de la Unión. Para decirlo con las palabras de su discurso de despedida "el tiempo y el hábito son al menos tan necesarios para fijar el verdadero carácter del gobierno, como para otras instituciones humanas.

"Para mí... un motivo predominante lo ha sido el esforzarme por ganar tiempo en beneficio de nuestro país, a fin de asentar y hacer que maduren sus aún recientes instituciones; y también me ha preocupado que el país progrese sin interrupción hasta un grado tal de fuerza y consistencia como el que reclama, hablando humanamente, el mando de sus propios destinos."<sup>11</sup>

La legitimidad carismática que Washington utilizó para edificar las nuevas instituciones políticas era evidentemente necesaria. Como los líderes actuales de los nuevos Estados, se hallaba sometido a la presión de aquellos que, muy cercanos a él, querían convertirlo en monarca. Sin embargo, reconoció que su más importante contribución al nuevo Estado era el darle tiempo para establecer lo que ahora llamamos un sistema racional-legal, un gobierno de hombres regidos por una ley. Permitió a los miembros de su gabinete formar facciones bajo la dirección de Hamil-

ton y Jefferson y discutir los asuntos políticos, aunque a él personalmente le disgustaban los puntos de vista de los partidarios de Jefferson.<sup>12</sup> Antes de abandonar el ministerio en 1797, trajo a Hamilton y a Madison (líderes de los jeffersonianos) para que proyectaran la estructura de su discurso de despedida. Y en la oración final de este discurso expresó la esperanza de que sus palabras “puedan ser productivas o de algún beneficio, de utilidad ocasional; que puedan una y otra vez servir para moderar la furia del espíritu de partido.”<sup>13</sup>

Washington deseaba retirarse después del vencimiento de su primer ministerio, pero el conflicto entre sus dos principales colaboradores no se lo permitió. Y ante la presión de muchos, incluso Hamilton y Jefferson, accedió a servir durante otro periodo y por tanto permitió inconscientemente la intensificación pacífica ulterior del conflicto y la formación gradual de partidos de oposición mientras era todavía presidente, aunque por supuesto lamentaba con amargura el surgimiento de la política de oposición. Esto resultó una coyuntura definitiva cuando, durante la segunda etapa de administración, el país se vio desgarrado en dos por la divergencia de simpatías hacia la Revolución Francesa y hacia Inglaterra.<sup>14</sup>

Aunque pueda parecer una pequeñez el hecho de que Washington fuese tratado como líder carismático, puede aducirse que no lo es, desde el momento en que en contradicción con el ejemplo típico-ideal de este tipo de hombres, evitó muchos aspectos del papel y quiso retirarse del mando. Este último éxito que consistió en rehusarse a poner en juego su carisma potencial —se retiró de la presidencia mientras parecía tener aún buena salud— pudo impulsar a la sociedad con mayor rapidez hacia un sistema de autoridad legal-racional si hubiese asumido *in toto* el papel del líder carismático, identificándose con las leyes, con el espíritu de la nación y demás. Este tipo particular de semi-carismática dirección tuvo posiblemente un efecto estabilizador en la evolución de la sociedad, pues si Washington hubiese aprovechado su posición semi-divina el tránsito a una forma de gobierno más estable habría resultado mucho más difícil. De particular importancia en este aspecto es el hecho de que la primera dificultad sobre la sucesión que tuvieron John Adams y Jefferson ocurrió mientras Washington ocupaba todavía la magistratura, lo cual le permitió sentar el precedente de ser la primera cabeza de un Estado moderno que cedía el puesto al sucesor electo. De permanecer en el poder hasta su muerte, es muy posible que las sucesiones presidenciales posteriores no hubiesen ocurrido tan fácilmente.

Los aspectos carismáticos de la personalidad de Washington fueron empleados conscientemente por los líderes políticos para legitimar la joven

nación. En 1800, poco después de la muerte de Washington, el entonces embajador británico en los Estados Unidos analizó las funciones de los tributos a Washington en un parte a su cancillería:

Los dirigentes de los Estados Unidos parecen opinar que estas ceremonias tienden a elevar el espíritu del pueblo y contribuyen a la formación del *carácter nacional*, del cual tanto necesita la nación a su parecer. Y puedo asegurar que, si la opinión propia es (tal vez lo sea) un ingrediente esencial en ese carácter que promueve la prosperidad y dignidad de una nación, los americanos habrán de conquistarlo mediante una recordación periódica de las hazañas de su Guerra Revolucionaria y mediante la repetición de las frases de Washington. Las exageraciones hiperbólicas, los panegíricos en cuestión tienen un efecto especial en la parte más joven de la comunidad, pues fomentan el crecimiento de esa vanidad que a los ojos de los extranjeros ha llegado ya a un límite suficiente.<sup>15</sup>

Cuatro dimensiones del papel de Washington parecen ser de particular pertinencia para la institucionalización del régimen legal-racional:

1) Su prestigio era tan grande que tenía segura la lealtad tanto de los líderes de las diversas facciones como la del populacho en general. Así, en una entidad política caracterizada por las innumerables resquebrajaduras que la hendían, él, personalmente, constituyó una base para la unidad.

2) Estaba tan embebido en las reglas constitucionales del mando que pudo ejercer una paternal guía sobre todos los relacionados con el desarrollo de la máquina gubernamental.

3) Permaneció en el poder lo bastante para permitir la cristalización de facciones en partidos embrionarios.

4) Sentó el precedente de cómo la sucesión debía resolverse mediante el retiro voluntario del ministerio. A este respecto en particular la comparación con otros líderes carismáticos no cabe.

## 2. *Derechos de oposición y el establecimiento de la nueva política*

Los asuntos envueltos en el surgimiento de la autoridad nacional legítima y aquellos que pertenecen al establecimiento del proceder democrático son evidentemente problemas aparte, si bien a veces se confunden al discutir la política de las nuevas naciones. La democracia puede concebirse

como un sistema de oposición institucionalizada en el cual el pueblo elige entre varios contendientes a sus funcionarios públicos. Crear un proceso autorizado para tomar decisiones, estable y representativo, que permita y legitime un puesto a la oposición de manera que los ajenos al poder juzguen sus errores y puedan destituir a sus dirigentes, es en extremo difícil para cualquier clase de política, pero más en los nuevos Estados, que por si fuera poco deben afrontar el problema de encauzar los destinos de su país por sí mismos.

En un reciente documento ganés que pretende justificar la legislación y las acciones policíacas contra los políticos de oposición, el gobierno de Ghana sugiere que tales acciones fueron necesarias a causa de las conjuras, sabotajes, subversiones y amenazas de intervención extranjera. En la carta se aduce que: "*(L)a tensión experimentada por un país naciente inmediatamente después de la independencia es tan grande, si no mayor, como la tirantez experimentada por un país desarrollado en tiempos de guerra.*"<sup>17</sup>

De acuerdo con N'Krumah, un nuevo Estado "se expresa todavía débilmente como unidad nacional", y su frágil estructura debe protegerse "identificando la nación que surge con el partido", lo cual es negar la posibilidad de una oposición legítima puesto que esta última pondría en peligro la estabilidad de la nación.<sup>18</sup>

Las restricciones hacia los derechos democráticos y los partidos de oposición no son, claro, exclusivas de Ghana entre los nuevos Estados contemporáneos. En África, el único nuevo Estado con más de un partido de importancia es Nigeria, "y esto es así sólo porque hay un partido federal que refleja su dominio en toda la región".<sup>19</sup>

Esencialmente, los derechos democráticos envuelven la institucionalización de las reglas del juego político. En ausencia de tal institucionalización, los participantes se ven a merced de situaciones cuyas reglas no han sido claramente definidas, no existen garantías formales y a partir de esto no están seguros de que su sentido de la moral, lo que creen que debe o no debe hacerse, sea compartido por otros. Su posición es insegura y fácilmente la amenaza la presencia de grupos opositores que puedan exigir "malas" medidas y poder personal. El deseo de apadrinar una serie de objetivos o de proteger el prestigio y el poder, hace presión sobre los abogados a esta tarea para que ignoren las débiles reglas destinadas a proteger los derechos de la oposición. Un examen histórico nos proporciona el argumento de que la tolerancia o protección del "error" surge casi siempre como resultado del conflicto entre diversas facciones. A veces ocurre porque los grupos de oposición encuentran que no pueden destruirse

el uno al otro y, tras un largo conflicto, se aceptan mutuamente. En otras ocasiones los grupos opositores cuyos derechos democráticos son denegados por los dirigentes en el poder y que son dueños de una ideología democrática avanzada como parte de su actitud crítica ante los acontecimientos, alcanzan a obtener del gobierno protección jurídica de su libertad. La historia de los esfuerzos hechos para institucionalizar tales derechos en asociaciones voluntarias, en nuevos Estados y en las sociedades posrevolucionarias, indica cuán frágil es un simple llamado intelectual a proteger los derechos democráticos cuando se enfrenta a la convicción de que la verdad se derrumbará frente al grupo de la oposición, o de que los funcionarios perderán todo derecho a una posición importante.

La historia antigua de los Estados Unidos revela muchos de los mismos problemas y presiones para eliminar los derechos democráticos que ocurren hoy en los nuevos Estados. Durante el primer periodo administrativo de Washington, todas las diferencias importantes de opinión pudieron expresarse dentro del gobierno puesto que tanto Jefferson como Hamilton, los líderes de lo que serían los dos principales partidos, constituían la mayor influencia del gabinete. Después del retiro de Jefferson al final del primer periodo de Washington y la subsiguiente formación de un partido de oposición alrededor de 1797, las restricciones en la táctica de ambas partes declinaron considerablemente:

Cada cual estaba entonces expuesto a una tentación antes no conocida. Sociedades secretas, subversión y desafío parecían ser el único camino posible para muchos que desaprobaban la política del gobierno. . . Desde el punto de vista del historiador no interesa si la fuerza provocaba la subversión, o la subversión la fuerza; lo importante para el desarrollo de los partidos es la manera en que las actitudes de partidarios y oponentes de la Administración se agravaban una a otra.<sup>20</sup>

El primer grupo en apoyo, los federalistas, consideraron la organización de la oposición en la forma de demócratas-republicanos bajo el mismo punto de vista con que muchos líderes de los nuevos Estados contemplan a sus rivales.

Los federalistas adoptaron una posición intolerante respecto al partido de oposición, el cual parecía estar formado por individuos aguafiestas caracterizados por una excesiva ambición, sin ninguna popularidad y con una peligrosa confianza en el juicio de los votantes. Cuando menos, los republicanos parecían a menudo gobernados por la obstinación, la envidia, la malicia y la ambición.

Cuando más, eran sediciosos y traidores. La correspondencia privada federalista estaba plagada de referencias a la deslealtad, hipocresía, intriga y demagogia republicanas. . . La conclusión forzosa casi del lector de éstas y cientos más de condenas federalistas, era que *el sistema de dos partidos es inmoral. . . Pronto fue poco menos que normal considerar a la oposición sediciosa y, en casos extraordinarios, como sinónimo de traición.*<sup>21</sup>

Las restricciones endémicas en el establecimiento de una nueva estructura de autoridad aumentaron por el hecho de que la nación y los partidos embrionarios estaban divididos en sus simpatías por los dos principales rivales de la guerra europea, la Francia revolucionaria y Gran Bretaña. Cada parte estaba convencida de que la otra tenía las intenciones secretas de llevar al país a la guerra en apoyo de las fuerzas malignas. El terrorismo francés era particularmente dañino para los federalistas y ellos, como los conservadores de otros países, creían firmemente que agentes franceses conspiraban con simpatizantes americanos para derrocar al gobierno de los Estados Unidos.<sup>22</sup>

Los federalistas, asustados por la Revolución Francesa y por varios ejemplos de violencia doméstica, se oponían a cualquier forma de oposición organizada. Eran mucho más violentos en sus denuncias los jeffersonianos a su vez.<sup>23</sup> Y dada la tremenda indignación moral que caracterizaba las opiniones privadas de los federalistas, no es de sorprender que intentaran reprimir a sus oponentes.<sup>24</sup> Los Decretos contra la Sedición Extranjera hechos circular en 1798 dieron al Presidente "el poder para desterrar del país a cualquier extranjero que él considerase peligroso para la paz pública, o de quien abrigase fundadas sospechas que conspiraba contra el gobierno." Estos extranjeros no podían recurrir a las cortes legales.<sup>25</sup> El Decreto contra la Sedición "estaba destinado a extranjeros y ciudadanos que criticasen demasiado severamente al gobierno. . . En su forma final considerábase acto de mayor cuantía "el combinar y conspirar ilegalmente" para oponerse a las medidas legales del gobierno. . . (P)ublicar una escrito falso o malicioso contra el gobierno de los Estados Unidos, el Presidente o el Congreso, con el propósito de provocar odios o resistencia contra ellos. . ." <sup>26</sup>

El hecho de que la ley estaba formulada con propósitos partidarios era obvio. Todos los arrestados y convictos bajo ella eran republicanos. Básicamente, oficiales y jurados federalistas dirigían la ley contra sus oponentes políticos.<sup>27</sup>

Estos esfuerzos para minar los derechos democráticos dieron a Jefferson y a Madison un importante beneficio, el cual jugó según los historiadores un papel importante en la derrota de los federalistas, en 1800.<sup>28</sup>

Una vez derrotados para la Presidencia en 1800, los federalistas nunca fueron capaces de recuperar el ministerio en escala nacional y virtualmente desaparecieron después de 1814. Las causas de la caída de los federalistas son obviamente complejas y aquí no puede abordárselas con detalle alguno. Sin embargo, debe notarse que entre otras razones decayeron gradualmente a medida que el sufragio se extendía, y que fueron incapaces de aprender a obrar como partido de oposición en una democracia, particularmente en una que hacía énfasis en la equidad. Algunos historiadores sugieren que la base de su caída consistió en que no creían en partidos de arraigo popular, y en que como hombres convencidos de la propiedad de su derecho a regir, no creían tampoco en un partido de oposición.<sup>29</sup>

La marca de libertades civiles de los jeffersonianos en el poder es mejor que la de los federalistas. Hasta qué punto pueda decirse que esto fue así porque ellos creían más en las virtudes de la democracia que sus oponentes, no se puede asegurar. Claro que en sus años de oposición los habían obligado a repetir muchas declaraciones en favor de la democracia y sus derechos, pero los opositoristas de otras tierras han olvidado tales programas una vez en el poder, cuando se encaran a la "crítica sin escrúpulos". Tal vez sea más importante el hecho de que los demócratas-republicanos creían en los derechos del Estado y se oponían al empleo de las cortes federales para tratar los crímenes de la ley común. Además, el juzgado federal permaneció algún tiempo más en manos de jueces federalistas, los cuales presumiblemente no estaban dispuestos a permitir sanciones sobre sus correligionarios políticos a causa de que éstos expresaran sus ideas. Finalmente, la diferencia estaba en la naturaleza de la oposición. Los federalistas lidiaban con un partido creciente que podía esperar con bases reales una victoria eventual, mientras que los demócratas-republicanos en el ministerio se veían ante un partido en rápido declive, cuya carencia de fe en la extensión del proceso democrático echaría abajo toda oportunidad de volver al poder. Puesto que los federalistas cometían ya el suicidio político, no era necesario para la administración encontrar los medios de reprimirlos. La existencia de una oposición verdadera pero decadente puede, pues, considerarse una contribución a la institucionalización de los derechos democráticos.

No obstante debe advertirse que en el nivel del gobierno del Estado, los demócratas-republicanos utilizaron su poder para derribar la opinión federalista. "Jefferson no era partidario de una prensa 'licenciosa'; como Hamilton y Adams, creía que la prensa debía ser restringida 'dentro de los límites legales y sanos de la verdad.' Difería principalmente de los federalistas al insistir en que estas restricciones eran impuestas por los Estados más que por el gobierno federal..."<sup>30</sup>

En 1803, Jefferson escribía al gobernador McKean en los siguientes términos:

Jefferson instó al gobernador demócrata a considerar confidenciales sus observaciones respecto a las persecuciones libelistas. Los federalistas, observaba, en su derrota por destruir la libertad de prensa “por su amordazante ley, parecen atacarla en la forma opuesta, esto es empujándola a un grado tal de licencia y prostitución como para despojarla de todo crédito”. Jefferson no dejaba de vislumbrar un mejoramiento en la condición de la prensa: “He pensado desde hace mucho tiempo que unas cuantas persecuciones contra los infractores más prominentes produciría un efecto saludable en la restauración de la integridad de la prensa.”<sup>31</sup>

Donde los federalistas controlaban un gobierno estatal, como es el caso de Connecticut, y por tanto no aplicaban la doctrina democrática de que la difamación sediciosa constituyese una ofensa hacia el Estado, Jefferson no puso reparos en iniciar los procesos en las cortes federales. En 1806, se dictaron seis acusaciones contra cuatro editores federalistas de Connecticut y dos ministros religiosos, bajo el cargo de difamación sediciosa contra la persona del presidente. Los ministros religiosos fueron acusados de cometer el delito durante sus sermones.<sup>32</sup>

Leonard Levy concluye su examen de la libertad de palabra y de prensa en la antigua historia de América, argumento que los demócratas no creían más que los federalistas en tales libertades cuando se veían frente a una oposición seria. Cada uno de estos bandos estaba pronto a emplear los argumentos de los principios libertarios cuando le convenía.<sup>33</sup> Quizá la más irónica evidencia en este aspecto, que indica la fragilidad de las creencias en las reglas del juego en una nueva democracia, es un artículo de Tom Paine escrito para un periódico neoyorquino en 1806, en el cual el gran libertario y convicto sedicioso declaraba que “hay una diferencia entre el error y el libertinaje”, que “el término *libertad de prensa* surgía de un *hecho*, la abolición de las licencias oficiales (*sic*), y que la opinión no tenía nada que ver con el caso.” Paine terminaba diciendo que el público tenía el derecho de juzgar y castigar las declaraciones atroces.<sup>34</sup>

Los varios esfuerzos de federalistas y demócratas-republicanos por reprimir los derechos de sus antagonistas indican claramente que en gran medida nuestras antiguos políticos se parecen a esos jefes de Estado modernos que contemplan la crítica a sus personas como un ataque a la nación misma. Tal conducta caracteriza a los líderes de políticas en las que el concepto de democracia recíproca en el gobierno no ha sido institucionalizado. Así, en muchos sindicatos dirigentes nacionales poderosos interpre-

tan la crítica como difamatoria y desleal. Aceptar adecuadamente la crítica requiere la aceptación del punto de vista de que la oposición y la reciprocidad son normales, y de que los hombres pueden ser leales a la política aunque desapruében determinados procedimientos. Este punto de vista no lo aceptan con facilidad hombres que han creado por sí mismos una política y que, por tanto, no pueden concebirla funcionando de otro modo que el estrictamente planeado por ellos.

Sin embargo, aunque la conducta de los miembros de los dos antiguos partidos americanos denota que también ellos reaccionaban ante la crítica como ante algo negativo para la nación, debe reconocerse que ambos partidos permitían a la oposición un margen de lucha mayor, mucho mayor que el tolerado en la mayoría de los nuevos Estados de Asia y África. En cierto modo esto puede indicar que por mucho que discreparan, las cabezas de ambos grupos habían trabajado juntas para hacer la revolución y establecer la Constitución. Se habían conocido y probado unos a otros por varias décadas. En un sentido verdadero, los Estados Unidos empezaron con una élite política restringida pero de un nivel muy elevado, cuyos miembros se reconocían entre sí como partes del aparato gobernante. Tanto Adams como Hamilton demostraron esto cuando, en diferentes ocasiones, cada cual sobrepuso las reglas del juego a las ventajas partidistas o intereses personales. La derrota de los federalistas en las elecciones de 1800 representa *la primera ocasión de la política moderna en que un partido político de importancia sufría una pérdida electoral y simplemente cedía el poder a sus oponentes*. Esta aceptación de las reglas de la política electoral ha ocurrido ahora en muchos Estados nuevos y aun en algunos de los antiguos Estados que emplean las elecciones democráticas desde hace muchos años.

La retirada de los federalistas después de 1800 significa que los Estados Unidos no experimentaron de nuevo un verdadero conflicto de sucesión hasta 1829 con el advenimiento de Andrew Jackson. La dinastía de Virginia integrada por Jefferson, Madison y Monroe, gobernó el país durante 24 años, sucediéndose sin gran dificultad uno al otro. Desde 1809 en que Madison tomó el poder de manos de Jefferson, hasta 1829 en que John Quincy Adams fue sucedido por Jackson, cada presidente fue seguido en el ministerio por el principal funcionario de su gabinete, el Secretario de Estado. Y un sistema nacional de dos partidos no surgió hasta 1830, cuando los oponentes de Jackson se unieron en el Partido Liberal.

Sobre todo en el nivel nacional, el país estuvo dominado durante casi tres décadas por un sistema unipartidario de organización poco firme. Aunque la analogía pueda parecer inadecuada, en cierto sentido su sistema

político se parecía al que ha madurado desde hace unas décadas en México, y tal vez al de algunos otros países subdesarrollados. Intereses de grupo y seccionales llevaron al país a serias divisiones: la compra de Louisiana, las relaciones con los poderes beligerantes de Europa, la guerra de 1812 y los comienzos de la lucha esclavista empezando con los asuntos que condujeron al Compromiso de Missouri en 1819. Ninguno de estos factores hubiese sido resuelto favorablemente de disolverse la autoridad nacional. Sin embargo, ninguno fue decidido en la urna electoral, sino bajo las negociaciones supervisadas por la autoridad de los tres grandes de Virginia que llevaban consigo el prestigio emanado de su actuación en la fundación de la nación, y su condición dirigente del todopoderoso partido Demócrata-Republicano. En el nivel nacional, tanto conservadores como radicales vinieron, en resumidas cuentas, a pertenecer al mismo partido y a prestar su apoyo formal a los mismos líderes y doctrinas liberales.<sup>35</sup>

Thomas Jefferson había anticipado el triunfo absoluto de su partido prosiguiendo la derrota electoral del Federalismo, y fomentó las divisiones políticas entre aquellos que creían en lo "correcto", esto es, los principios republicanos. Es de presumirse que, en tanto que todos los participantes en la política estuviesen del lado bueno, la represión de la crítica interna del partido sería menor:

Siempre he creído que una vez que los republicanos hubieran puesto las cartas sobre la mesa, habría cisma entre ellos. Siempre he creído también, que fuese cual fuese el nombre de los partidos, la verdadera división ocurriría entre republicanos moderados y republicanos ardientes. *Esta división no encierra gran peligro...* Esto será considerado apostasía sólo cuando sea comprado el voto a los federalistas, con participación en el honor y en el poder.<sup>36</sup>

El gobierno indisputable casi de la Dinastía de Virginia y del Partido Demócrata-Republicano ayudó a legitimar la autoridad nacional y los derechos democráticos. Para el tiempo en que la nación se dividió nuevamente en dos grandes facciones beligerantes que apelaban al apoyo de las masas, el país había existido ya por 40 años, la Constitución había sido glorificada y la autoridad de las cortes había sido aceptada como definitiva.

### 3. *La necesidad del pago completo*

Toda pretensión a un legítimo derecho de gobierno en los nuevos Estados debe conquistar aceptación demostrando efectividad. La lealtad de los varios

grupos al sistema debe ganarse desarrollando en ellos la convicción de que su sistema es el mejor, o al menos un medio excelente para llevar a cabo sus objetivos. Y aun la pretensión a una legitimidad de tipo sobrenatural, como "el don de gracia", están sujetos por parte del pueblo a una prueba sumamente pragmática: ¿cuál es la paga completa? Para los nuevos Estados, la demostración de la efectividad significa una cosa, el desarrollo económico. Efectuada la revolución de "ilusiones y esperanzas" que sacude a las nuevas naciones, la urgencia del pago en términos de bienestar económico y nivel de vida es más importante que nunca. Como David Apter lo señala en el proceso de adquisición de legitimidad:

...el desarrollo económico debe lograrse, en coincidencia con el cambio político, de manera que un cierto nivel estable de seguridad doméstica sea visible en muchas partes del país. El sistema de desarrollo debe actuar con responsabilidad ante las diversas demandas de los varios grupos. Debe servir a los intereses de los distintos individuos y grupos cuyo consenso respecto a los patrones fundamentales del gobierno parlamentario sea debido más al interés que al servicio desinteresado.<sup>37</sup>

Como la mayor parte de los nuevos Estados carecen de medios para un rápido crecimiento económico, sus metas han conducido en años recientes a una planeación gubernamental en larga escala y a la intervención directa del Estado. Aunque tales esfuerzos coinciden con la ideología socialista, el deseo de utilizar el Estado para dirigir y apresurar los procesos del crecimiento económico tiene raíces más profundas que la convicción ideológica. Depende tanto de la necesidad de demostrar la efectividad ante los varios grupos concurrentes en la política, como del deseo de competir con el mundo exterior. Los dirigentes buscan el desarrollo nacional como parte de un esfuerzo más general por superar sentimientos de inferioridad nacional, y quieren establecer su nueva nación como la mejor a los ojos del mundo, en particular a los del antiguo gobierno colonialista. Puesto que los Estados colonialistas han sido por regla casi general mucho más desarrollados que sus colonias, la continua falta de desarrollo implica un continuo sentimiento de inferioridad.

Procesos similares ocurrieron en los Estados Unidos, aún después de la Revolución. Muchos dirigentes, Jefferson en particular, se opusieron a prestar ayuda alguna al comercio de la manufactura, y como un historiador economista señalaba:

La conciencia industrial americana... recibió mucho de su estímulo primario de la tormenta política que precedió y condujo a la

victoria de la independencia... la conciencia industrial americana ha nacido del oleaje de resentimientos económicos y políticos contra Inglaterra, pero estuvo dirigida principalmente y casi desde sus inicios contra la transferencia de la técnica y habilidad inglesas a este país. Para 1830 esta conciencia triunfaba ya, y la tecnología y organización industrial americanas eran comparables a las de Inglaterra.<sup>38</sup>

La presión para desarrollar la manufactura doméstica siguió poco después del primer esfuerzo para establecer un gobierno nacional, cuando la represión "que intervino entre 1783 y 1787, produjo un debilitamiento del celo manufacturero. El patriotismo... proporcionó los ímpetus necesarios para la tarea, mientras que se apreció mejor el hecho de que la superioridad técnica inglesa sólo podía ser sobrepasada si se la tomaba en préstamo. La nueva ola de agitación industrial alcanzó un rápido clímax en los primeros años del gobierno federal. Las manufacturas, como la Constitución, debían fortalecer al país y ayudarlo a conquistar una verdadera independencia".<sup>39</sup>

Hasta Jefferson, el entusiasta defensor de la doctrina fisiócrata de que la agricultura era la fuente única de la verdadera riqueza, se vio impelido cuando fue presidente a modificar sus antiguas objeciones contra la manufactura. "Ya en 1805... (él) se quejaba de que sus anteriores puntos de vista no hubieran sido bien interpretados. Él había querido aplicarlos sólo a las grandes ciudades europeas y no a este país en el tiempo presente."<sup>40</sup>

De hecho, en este periodo precedente a la guerra de 1812 los federalistas y los republicanos parecen haber apoyado la ayuda gubernamental a la industrialización cuando estaban en el poder, pero señalaron algunos de sus efectos adversos cuando estaban en la oposición. Los republicanos defendieron el embargo de las tierras que decretó Jefferson diciendo que "(debía) ser en verdad grato a todo americano verdadero presenciar la introducción y el rápido progreso de los establecimientos manufactureros en las diversas partes de los Estados Unidos<sup>41</sup>... Los federalistas... atacaron el embargo... desde todos los ángulos. Arruinaba la riqueza del Estado, destruyendo la agricultura y el comercio en beneficio de la manufactura, daba lugar al nacimiento de una aristocracia (y) corrompía la vida moral..."

Dos hechos deben reconocerse al evaluar el primitivo desarrollo económico americano: primero, *hubo intervención gubernamental en gran medida y aun la propiedad e inversión públicas en la economía estaban encaminadas a desarrollar la industria y el comercio*. En el plano nacional esto adoptó la forma de tarifas protectoras para infundir valor a la industria doméstica y evitar la compra de productos manufacturados en Inglaterra.<sup>42</sup> Sin embargo, a todo esto sigue el hecho de que la mayoría de los esfuerzos

gubernamentales ocurrieron en el nivel estatal. Muchos Estados, particularmente los del norte, consideraron pertinente y necesario emplear los fondos públicos para desarrollar las facilidades de transporte, bancarias, manufactureras y demás. Como estas cosas eran vistas bajo la nueva Constitución como pertinentes a las autoridades estatales, resulta preciso buscar en esta ráfaga de intervención estatal una evidencia del deseo de la política americana por lograr un desarrollo económico mayor.

La intervención estatal, en beneficio del crecimiento económico, adoptó varias formas. A veces eran reguladoras como en el caso del establecimiento de normas de inspección; a veces tendían directamente a estimular, como se hacía prestando ayuda financiera a las loterías o por medio de las subvenciones. Un tercer método era la franquicia que adquiría proporciones de monopolio, tendiente a proteger a una compañía de la competencia durante su crecimiento. No carecían de importancia las inversiones gubernamentales directas en algunos Estados o la posesión parcial de algunas compañías cuyo desarrollo se consideraba necesario para el crecimiento económico o para el bienestar público.

El sistema de inspección pública "asentó categorías de bienes que no podían ser vendidos y de este modo colocó en posición privilegiada a aquellos que el Estado juzgaba propios".<sup>43</sup> El gobierno aflojó las leyes contra el juego que sancionaban las loterías, cuyos procedimientos eran empleados para financiar varios proyectos de Estado, como la construcción de puentes y caminos, fábricas de papel y de vidrios.<sup>44</sup>

La subvención era empleada hasta cierto punto por los Estados a fin de alentar las empresas individuales,<sup>45</sup> aunque tal procedimiento cayó en desuso a principios del siglo diecinueve.

La garantía de franquicia era particularmente importante para la construcción de puentes, acueductos, factorías; todo lo cual interfería de algún modo en los canales públicos y derechos de pesca. La construcción de presas anegaba tierras adyacentes y desviaba el agua de sus canales naturales. "Sin la tolerancia del Estado, los constructores afrontaban responsabilidades ilimitadas por los daños. Para infundir ánimos a la industria, el gobierno expidió generosamente las franquicias. . . Pero no había garantía de ninguna especie si no se justificaba la empresa en términos de los intereses del Estado en su conjunto. . . Todas las franquicias incluían un elemento de privilegio que permitía a unos cuantos, como especial ayuda para una valiosa empresa, lo que a todos estaba negado."<sup>46</sup>

Mientras se aplicaban los métodos de inspección, loterías, subvenciones y franquicias, los Estados descubrieron pronto que el garantizar constitucionalmente privilegios a las nuevas corporaciones constituía el más exitoso

medio de promover el desarrollo económico, pues “el poder coercitivo de los gravámenes... confería un mecanismo económico más eficiente a la corporación”.<sup>47</sup> En consecuencia, la más importante política promotora del Estado vino a ser la de conceder cartas de privilegio a las corporaciones de negocios. “Después (de la revolución) la política de cartas de privilegio se estableció gradualmente como una de las principales preocupaciones de los gobiernos de los Estados americanos y se generalizó rápidamente durante la época de la preguerra civil.”<sup>48</sup>

La garantía de las cartas de privilegio a los bancos estaba ligada estrechamente con el desarrollo de los transportes. “Esto se debía a una práctica legislativa establecida que frecuentemente incorporaba en las cartas de privilegio de los bancos la exigencia de ayudar a compañías de transportes determinadas. Esta ayuda tomaba frecuentemente la forma de subscripción de acciones, préstamos y francas garantías monetarias.

La mayor parte de las primeras asociaciones estaban constituidas por organizaciones religiosas o caritativas, o por compañías de caminos, puentes, canales, bancos y seguros. En 1879 Massachusetts incorporó la Manufactura de Algodón Beverly, y durante la siguiente década negocios similares fueron garantizados en Nueva Inglaterra, Nueva York y Nueva Jersey. En total, unas 557 compañías manufactureras fueron incorporadas en ocho Estados entre 1800 y 1823, estando Massachusetts y Nueva York a la cabeza. Juntas, tenían un capital autorizado de \$72 000 000, (aunque parece que no más de \$50 000 000 estaban en verdad suscritos). Antes de 1860 la casi totalidad de los Estados tenía estatutos generales de incorporación.<sup>50</sup>

En Pennsylvania, Estado bajo el control de un solo partido democrático durante los primeros 35 años del siglo diecinueve, había una considerable intervención gubernamental directa en la forma de propiedad pública de las compañías de transporte y de los bancos. El Estado alentaba el crecimiento de las facilidades de crédito mediante considerables inversiones en los bancos entre 1800 y 1815. Paralelamente, cierto número de compañías de caminos de portazgo, canales y navegación eran poseídas conjuntamente por el Estado e inversionistas privados. Con la llegada de los rieles, Pennsylvania añadió los fondos para rieles a la lista de compañías en las que tenía inversiones. Los gobiernos locales, los condados y las ciudades invirtieron cantidades aún más fuertes que las del Estado en tales negocios. “Las inversiones municipales y de los condados entre 1840 y 1853 fueron estimadas en su totalidad en catorce millones de dólares —cerca del doble de la inversión estatal de 1843.”<sup>51</sup> La propiedad pública

directa operaba también en gran parte de este campo. Así Pennsylvania construyó y poseyó las primeras líneas férreas a lo largo de la carretera principal.<sup>52</sup>

Durante los primeros cuarenta años de la existencia de Pennsylvania como Estado dentro de la Unión, no importaba mucho la propiedad ni aun la necesidad de la participación estatal en la posesión como medio de facilitar el desarrollo económico. En efecto, como en muchas naciones contemporáneas nuevas, Pennsylvania y otros Estados americanos seguían una política de inversión gubernamental en campos básicos para el crecimiento económico, donde los esfuerzos privados parecían inadecuados. La *doctrina del "laissez-faire"* hizose dominante sólo después de que el crecimiento de las grandes corporaciones y los fondos de inversión privada redujeron la carga de los fondos públicos.

El veloz crecimiento económico durante este periodo formador de nuestra economía no sólo se benefició por la ayuda de los mismos Estados, sino tal vez más de la "ayuda extranjera" masiva que proporcionaron a la nueva nación los inversionistas del exterior, en particular los británicos. Hay un paralelo definitivo entre la dependencia de las nuevas naciones contemporáneas en tal ayuda para comenzar su expansión y las condiciones que facilitaron aquí el desarrollo.<sup>53</sup>

Inglaterra fue la principal fuente de préstamos para la empresa americana, tanto directamente . . . a través de la compra por ingleses de acciones en bancos o compañías rieleras americanas, como indirectamente mediante la compra por inversionistas ingleses de los bonos de Estado americanos, procedimientos que en gran medida fueron empleados en el fomento de "mejoras internas".<sup>54</sup>

La dependencia en que estaba la expansión americana del capital extranjero podía verse en todos los aspectos del desarrollo económico: comercio, mejoras internas, bancos, agricultura e industria. Los hermanos Jenks han resumido la historia:

[Los comerciantes al por mayor de las casas de mercancías generales yanquis, que manejaban el comercio de importación en los puertos del Atlántico antes de la guerra] no podían comerciar en forma adecuada con su propio capital. Estas firmas yanquis dependían en gran medida de sus compras a crédito que venían, directa o indirectamente, de firmas como la de los propios Barings. . . . políticos promotores que percibieron las ventajas, públicas o privadas, que podrían resultar de la construcción de carreteras, canales y vías férreas, se volvieron hacia el capital extranjero filtrado a través del tesoro público en busca de ayuda . . . Poseído y

construido por el Estado, el canal Erie fue financiado gracias a la emisión de bonos del Estado de Nueva York. Aproximadamente siete millones de dólares en valores fueron vendidos entre 1817 y 1825, y pasaron casi al instante a manos de ingleses.

Antes de 1836 cerca de noventa millones de dólares habían sido invertidos en canales y vías férreas del norte, de los cuales más de la mitad estaban cargados a cuenta del crédito público. La masa de este capital había sido procurada en Inglaterra.

...El capital británico que promovió la expansión de los transportes del oeste, financió indirectamente la industria. Comerciantes y barcos americanos pudieron devengar créditos para propósitos no específicos, y esto sirvió en Estados Unidos a la expansión de la industria...

*No resultaría erróneo estimar la cuantía total del capital inglés invertido en los Estados Unidos en la década de los treinta como aproximadamente igual al adeudo de los diferentes Estados.*<sup>55</sup>

Debe apuntarse que la buena disposición de los capitalistas ingleses a invertir fuertes cantidades en el desarrollo económico americano, no estaba desligada con la política gubernamental que apadrinaba el crecimiento de la industria. De esta manera, la legislación que confirió varias protecciones gubernamentales a las corporaciones, favoreció también la migración transatlántica del capital.

(E)l hecho de que los privilegios de la incorporación se conseguían con mucha mayor facilidad en América que en Inglaterra durante la primera mitad del siglo [diecinueve] facilitó a determinadas ramas de la industria americana un acceso más rápido a los ahorros no industriales, e incluso se decía que se les procuró un acceso más rápido al "blindado capital" inglés, del que los propios ingleses disfrutaban.<sup>56</sup>

Pero si las actividades de los inversionistas del gobierno y extranjeros contribuyeron al crecimiento económico, la rapidez de su desarrollo debe también acreditarse a una relación productiva y simbiótica entre el capital y el sistema de valor. La existencia de una serie de valores que hacían de la "buena vida" una vida de pesado y continuo trabajo, de frugalidad, de conducta conscientemente disciplinada y de poderosa iniciativa individual, levantó los cimientos ideológicos necesarios para utilizar el capital extranjero en términos de un prolongado desarrollo industrial.<sup>57</sup> También la debilidad de las tradiciones aristócratas significaba que los Estados Unidos eran libres para desarrollar una clase económica dominante de comerciantes y manufactureros cuya pasión por la acumulación de riqueza estaba desengrillada de los valores que despreciaban la concentración del capital

y el trabajo rudo. La explicación razonada de que habían de concentrarse los recursos y energía nacionales para obtener tales fines, violaba la utopía anti-urbana y agraria de los jeffersonianos, pero fue defendida en el terreno nacionalista de la independencia económica. El cuadro del dominio espiritual y económico en manos de las manufacturas europeas se consideraba especialmente degradante puesto que estas manufacturas eran propiedad de una "diabólica clase de aristócratas" a quienes se atribuía toda clase de corrupciones aristocráticas, desde la ociosidad inmoral hasta la extravagancia y la malicia intelectual.

Convencidos por completo de la identidad entre la moral y el progreso material, estos industriales, nada adversos a los beneficios, eran conscientes de realizar una contribución patriótica y de establecer un patrón manufacturero en bien de la nación...

En 1800 el doctor George Logan, amigo de Jefferson... hizo un llamado al estímulo de la manufactura doméstica porque los productos de las manufacturas extranjeras "amenazaban con destruir el carácter americano".

El surgiente lazo del nacionalismo, estimulado por la Revolución Americana y la guerra de 1812, popularizó la justificación de la manufactura americana como factor determinante en el campo de la independencia económica. Tales imperativos a una independencia económica nacional planteaban sin embargo, a menudo, la perspectiva horrible de una postración moral, espiritual y económica a los pies de los manufactureros de Europa. Aun cuando estos pronunciamientos públicos hubieran podido funcionar conscientemente como racionalizaciones convenientes del interés económico... las mismas ideas aparecían una y otra vez en su cartas privadas y periódicos, sin que la propaganda fuese necesaria. Para ellos la manufactura europea, en su conjunto, no sólo resultaba degradante para el carácter; estaba presidida por una diabólica clase de aristócratas...

La creencia en la existencia de un demonio europeo conspirador condujo además al patriótico contraste de los honestos productos de la manufactura americana con los bienes europeos de fraudulenta reputación.<sup>58</sup>

Visitantes extranjeros a los Estados Unidos quedaban pasmados, desde los inicios de este país, con el énfasis cada vez mayor del materialismo aquí, de los logros económicos en comparación con los que había en Europa, incluso en Gran Bretaña. Un análisis detallado de los relatos de viajeros ingleses a América desde los fines de la Revolución hasta Jackson resume la evidencia:

Para esta época los americanos tenían ya fama de ser amantes del dinero y ricos. Tan universal era esta creencia, que con sorpresa contemplamos a quien la niegue. . . El ánimo emprendedor de los americanos no podía ser caritativamente atribuido al temor de futuras privaciones, ni parecía a los ojos de los ingleses como un deseo consciente de "obtener la distinción por medio de la riqueza" . . . Flint afirmaba que era la seguridad de la propiedad y los elevados beneficios del capital lo que tendía a promover esta disposición. Fowler atribuyó la premura por acumular al hecho de que en ausencia de títulos y de toda distinción de rango, la riqueza constituía la base primaria de contraste entre los individuos. De cualquier modo, este rasgo fue para los extranjeros parte integral de la naturaleza americana.<sup>59</sup>

Dada la ausencia de una clase tradicional aristócrata y el retiro a Canadá de muchos que simpatizaban grandemente con semejante modelo social, el hombre de empresa se convirtió en un héroe cultural con el subsecuente y veloz crecimiento. Canadá, por el contrario, aunque poseía muchas condiciones materiales idénticas no se desarrolló tan rápida o fuertemente. La combinación de una legislación extranjera y un modelo de clase diferente, tuvo al parecer negativos efectos en sus posibilidades de desarrollo. Y los nuevos Estados de la Latinoamérica del siglo diecinueve capitaneada por las tradicionales oligarquías católicas, provenientes principalmente de la aristocracia terrateniente, estaban aún más a la zaga económicamente. Retuvieron muchos de los valores preindustriales de la Península Ibérica.

Latinoamérica careció de una dinámica clase negociante, de la característica disposición al trabajo de los protestantes y de una base ideológica para la modernización económica.

El surgimiento de una política funcional en la primera mitad del siglo de la independencia americana fue acompañado de un rápido crecimiento económico y de expansión territorial. Al cabo de unas cuantas décadas la economía americana proporcionaba a la población una paga en bienes de consumo mucho mayor de la existente en las naciones europeas. Un vistazo a la literatura de los viajeros extranjeros nos hace ver el acuerdo general, entre quienes han comparado la vida en América con la de otros países, en que la posición social del estrato social más bajo en América reflejaba un énfasis tal en las relaciones sociales igualitarias, como jamás había visto el mundo.<sup>60</sup> Un texto básico de la historia americana resume la situación reinante tres décadas después de la formación de la nación en los siguientes términos:

“El mejoramiento”, tanto personal como colectivo, era una preocupación nacional... El símbolo de la joven república bien pudo ser la locomotora, que jamás interrumpía sus faenas de hierro, o el barco de vapor que transportaba hombres y bienes de arriba abajo por los ríos americanos...

De los escuálidos cimientos brotaban ciudades, y fábricas humeaban (como repetían sin cansancio los promotores) donde antaño “el grito de los habitantes salvajes resonara en los bosques”. La fe en el futuro americano había surgido en verdad antes de la Revolución, pero después de ella todo parecía confirmar el proyecto de “un modo indefinidamente perfecto”.<sup>61</sup>

Los Estados Unidos adquirirían gradualmente legitimidad como resultado de su efectividad. No había duda de que aquello daba resultado, de que su economía había dado ya el primer gran salto.<sup>62</sup> Henry Adams, en su gran historia de los primeros años de la república, consideró este desarrollo económico decisivo para garantizar la supervivencia de la nación entera como unidad viable. Su síntesis acerca de este periodo nos lleva claramente a las mismas conclusiones:

Los resultados de los dieciséis años (1800-1816), considerados sólo dentro del desarrollo económico de la nación, fueron decisivos. Aunque la población se incrementaba más de lo acostumbrado en la experiencia humana, la riqueza se acumulaba más de prisa...

Estos dieciséis años desterraron para siempre las dudas naturales que acompañaron al nacimiento de la nación... Cada dificultad sería que pareció alarmar al pueblo de la Unión en 1800 había sido vencida y hasta olvidada para 1816... Este resultado no fue la única prueba, ni siquiera la principal, de que el progreso económico sería en el futuro al menos tan rápido como hasta entonces... El continente yacía frente a ellos como una mina descubierta. Pudo verse, y aun calcularse con exactitud razonable la riqueza que produciría.<sup>63</sup>

Importa reconocer que una condición básica para adquirir la legitimidad en un Estado que no posee la ventaja de la legitimidad tradicional, es la efectividad, en particular dentro de la esfera económica. A cambio de su apoyo, el populacho exige a sus líderes recompensas, algunas de contenido simbólico como son los héroes nacionales y el prestigio y otras, quizá más importantes, de naturaleza instrumental como son los beneficios económicos. Las reglas del juego en una nueva política deben justificarse como medios para los fines deseados, puesto que los símbolos de la autoridad no están separados aún de los usos de la autoridad. Denis Brogan ha descrito bien las reglas de una política en vigor que carece de antiguas pretensiones a gobernar:

La primera y casi la última regla es la de que los gobernantes deben entregar los bienes, deben compartir algunas de las ganancias del juego con sus clientes, con la gran masa del pueblo americano, y de que esas ganancias sean absolutamente mucho mayores de las que pueda prometer cualquier sistema rival. He utilizado la palabra "clientes" intencionalmente, pues los regentes de América no tienen la ventaja de algunos de sus hermanos europeos, la ventaja o pátina de la edad.<sup>64</sup>

#### 4. *La revolución como fuente de la identidad nacional*

La resolución del problema de establecer una sociedad democrática en los nuevos Estados posrevolucionarios trae consigo ciertos acontecimientos de interés respecto al *ethos* de tales sociedades. La mayoría de las naciones poscoloniales difieren de aquellas que tienen orígenes tradicionales en que lo que convencionalmente se piensa como ideales revolucionarios está asociado con la imagen nacional en el pasado, mientras que los valores conservadores están asociados con el presente.<sup>65</sup> Los Estados Unidos son un ejemplo de nación cuya legitimidad arranca de raíces revolucionarias, y que tiene por consiguiente una historia política en la cual el liberalismo ha sido más legitimado y extendido que el conservadorismo. A la inversa, la historia política de su Madre Patria, Gran Bretaña, revela los efectos de la asociación del conservadorismo con la tradición nacional.

En un esfuerzo interesante para explicar el fracaso de las raíces socialistas en la sociedad americana, Leon Samson ha sugerido que una causa importante ha sido que el americanismo es una ideología política que tiene con mucho el mismo valor de contenido que el socialismo.<sup>66</sup> Cuando los americanos celebran su herencia nacional el Día de la Independencia y otros días de fiesta, patentizan según Samson su adhesión a una nación concebida como la encarnación viviente de una doctrina política que venera la concepción utópica de las relaciones igualitarias y universales entre los hombres. Al encadenar las celebraciones nacionales con acontecimientos políticos y con un credo político, los Estados Unidos se asemejan a otras sociedades posrevolucionarias como Francia, la Unión Soviética y muchos nuevos Estados. Las naciones cuya autoridad brota de una legitimidad nacional, por otra parte, tienden a celebrar los días de fiesta eslabonándolos con alguna tradición militar o religiosa, no con una doctrina política como tal.

Estas diferencias en los orígenes de la imagen que una nación tiene de sí misma debieron afectar el carácter de la vida política, particular-

mente en los primeros estadios de la evolución de sistemas de autoridad democrática.<sup>67</sup> En las sociedades basadas en una legitimidad tradicional existe congruencia entre el conservadorismo, el respeto al patrón social existente con su organización política, y los símbolos nacionales y sistema de estratificación. El consenso del valor sostiene estos elementos como un todo interrelacionado. Cuando tales sociedades se desarrollaron económicamente fueron creadas nuevas clases, la burguesía y los trabajadores, carentes al principio de derechos políticos y subordinados a la vieja aristocracia y a la monarquía. Cuando estas nuevas clases adquirieron conciencia política al desarrollar valores basados en sus necesidades en cuanto grupos socialmente inferiores, encararon el problema de reconciliar estas nuevas normas con las normas culturales dominantes que sostenían la posición política y social de las viejas élites. En gran medida, los valores culturales generales fortalecieron las creencias conservadoras entre todas las capas y redujeron la fuerza de aquellos factores predispuestos al ala izquierda. Los movimientos políticos que pugnaban por un cambio básico en el sistema de estratificación se enfrentaron al dinámico apoyo de grupos que aceptaran previamente el antiguo orden institucional y los valores que arrastraba consigo. Es frecuente encontrar que los partidos que mantienen valores tradicionales cuentan con el apoyo no sólo de una gran mayoría del estrato privilegiado, sino además con el de una considerable sección de las clases desposeídas que mantienen también sus creencias en el orden existente. Como sostenía Bagehot al hablar de Inglaterra, donde los tradicionales valores de clase no han sido destruidos por la revolución, lazos diferentes ayudarán a mantener la política.<sup>68</sup>

En sociedades recientemente independizadas ha ocurrido a menudo una transición de un sistema dominado por el tradicionalismo, generalmente valores aristocráticos, a otro caracterizado por los conceptos igualitarios y universales. Estos sistemas de valor dominante son calificados indistintamente de "liberales", "democráticos" o "izquierdistas", en contraste con los "minoritarios", "conservadores" o "aristócratas". La ideología de la élite da por seguro el deseo del orden jerárquico de la sociedad en aquellos que pertenecen al estrato "naturalmente superior", ejercen la debida autoridad y merecen el respeto general. El reconocimiento social descansa en el total de las cualidades del estado de una persona y no en el papel que esta persona desempeñe. En las situaciones coloniales los valores de una élite extranjera afectan las jerarquías políticas, económicas y sociales. En tales sistemas no es el pueblo quien será la fuente del poder y los valores, sino la élite, cuyos miembros contemplan sus "cualidades especiales" como suficientes para colocarlos en el poder. Hasta las élites nativas se derivan o son

protegidas en su sitio por los eslabones que las unen a la situación y poder del gobierno extranjero. Esta ideología minoritaria tiende a preservar el estado jerárquico. Las vastas desigualdades en la distribución de las recompensas del sistema sirven como una poderosa arma ideológica para reclutar a las masas para la lucha por la independencia y por un reparto más equitativo de las recompensas del sistema. Y con la independencia, los valores de la jerarquía, de la aristocracia, del privilegio, de la primogenitura y más recientemente del capitalismo, son a menudo rechazados. En consecuencia, las tendencias políticas que se identifican con tales valores se ven considerablemente debilitadas en los Estados nacientes.

En general, las luchas por la independencia han utilizado ideologías izquierdistas, la igualdad en la América revolucionaria y el socialismo en los nuevos Estados contemporáneos. Las ideologías radicales y democráticas enfatizan los principios de la igualdad en todas las esferas. La posición del hombre no debe depender de cualidades heredadas sino adquiridas; de aquí que el sistema deba tender a abolir toda forma de privilegio y a recompensar los merecimientos. La franquicia deberá extenderse a todos y el pueblo será contemplado como la fuente del poder y de la autoridad. Y aunque la lucha por la independencia pueda haber sido concebida por sus dirigentes como ligada en primer lugar a los asuntos de la independencia política, la necesidad de legitimar los objetivos democráticos de la Revolución hace imperativo el mejoramiento de las circunstancias sociales y económicas de la masa de la población a través de varias reformas sociales, tales como el desarrollo económico, la eliminación del analfabetismo y la educación extensiva.

Aunque muchos de los involucrados en el movimiento nacionalista puedan haber sido conservadores en muchos otros asuntos que no sean los de la dominación extranjera, la necesidad de movilizar un apoyo contra la oligarquía dominante obliga incluso a los conservadores nacionalistas a emplear el vocabulario izquierdista de la época. Cada grupo proclama que "todos los hombres deben ser iguales", que deben tener "derechos inalienables", o corrientemente invocan "una sociedad sin clases", la eliminación del gobierno minoritario en política y el fin de la propiedad privada. Sin embargo, tras esta terminología de principios igualitarios existen divergencias profundas en cuanto a las diferentes maneras de interpretar estos juicios que tienen los diferentes partidos o estratos.

En los Estados Unidos, después de la adopción de la Constitución, los grupos conservadores y socialmente privilegiados que tomaran parte en la revolución antiimperialista continuaron jugando un papel mayor y aun dominante. Esto se parece a la situación política posindependiente de

Pakistán, Ceilán, Marruecos y otros Estados árabes donde las élites conservadoras han tenido las riendas del gobierno. Aunque formalmente comprometidos a llevar a cabo los objetivos sociales de la revolución nacionalista, los conservadores han tratado de resistirse a las elaboraciones institucionales de tales metas. Los federalistas americanos, aunque convencidos de puntos de vista radicales y republicanos en comparación con la ideología de los Estados europeos, buscaron la manera de limitar la aplicación de los principios igualitarios en campos tales como las relaciones de propiedad, la religión y el sufragio.<sup>69</sup> Pero como en la mayoría de los nuevos Estados en que los conservadores quisieron defender los valores tradicionales después de la independencia, el ala izquierda perdió pronto el poder.

La derrota de los "conservadores" en los primeros conflictos políticos de los nuevos Estados trae como resultado una situación semejante a aquella en que los "izquierdistas" han establecido la nación. La identidad nacional y los valores del ala izquierda se interpenetran. El propósito de la independencia se concibe como la creación de una sociedad nueva y más radical que las existentes hasta la fecha. En los Estados Unidos, el final del federalismo significó que a partir de entonces todos los partidos políticos americanos serían igualitarios en su ideología abierta y populistas en el tono. La extensión del sufragio adulto solidificaba tales sentimientos. El dominante "partido único", el de los demócratas-republicanos, gobernó como se ha dicho sin una oposición nacional efectiva hasta 1830.<sup>70</sup> Un historiador de los sucesos de Pennsylvania explica este fenómeno en términos aplicables, en gran medida, a muchos otros Estados:

Los más agudos estudios de la historia de Pennsylvania convienen en que la supremacía demócrata debe explicarse en términos ideológicos. Estaba sostenida por el poder evocador de ciertos dogmas que revestían la lealtad del partido... un poder derivado con mucho de los primeros pasos del sufragio varonil. La base masiva de la vida política en Pennsylvania implicaba que las repetidas frases igualitarias habían tenido siempre una resonancia profunda y hasta mística en ese lugar. La más vaga atmósfera (*sic*) de aristocracia era un obstáculo político decisivo...<sup>71</sup>

Cuando el conservadorismo revivió como partido político en la forma de la oposición liberal a Andrew Jackson, adoptó un ropaje muy diferente del de los relativamente selectivos o "elitistas" federalistas. Al atacar a Jackson, el asesor de la plebe, estos nuevos conservadores trataron de fijarle la etiqueta de monárquico y *tory*; mientras que el término "liberal" nombre de los grupos opuestos a los *tories* y al absolutismo real de Gran

Bretaña, era tomado por los americanos conservadores que combatían al "Rey Andrés". Uno de los principales elementos que contribuyeron a formar el nuevo partido liberal fue el partido antimasónico, grupo antielitista que nació a fines de la década del 20 para combatir la presunta influencia de la cábala masónica, a que pertenecía Andrew Jackson. La supremacía completa de los valores igualitarios en política fue representada por la conducta liberal durante las elecciones presidenciales de 1840, que dicho sea de paso, fue la primer batalla de tal índole que pudieron ganar:

Harrison y Tyler fueron seleccionados como candidatos del partido... Webster fue rechazado... (La) razón: era "aristócrata". Esta consideración mostró cuán absolutamente había cambiado el viejo orden. Los hombres de fortuna comprendieron bien, ahora que la libertad y la igualdad habían mostrado su poder, que en una entusiasta profesión de fraternidad residía el éxito de la seguridad. Los derechos de propiedad estaban seguros sólo cuando se tenía en cuenta que en América la propiedad era honradamente accesible al talento, por humilde que éste fuera en las circunstancias de su nacimiento. Los liberales encontraron conveniente combatir con la mayor vehemencia posible toda pretensión a la superioridad de casta en la vida política.

Una feroz rivalidad de sencillez surgió entre los partidos. Charles Ogle, de Pennsylvania, hizo un discurso en el Congreso atacando al presidente Van Buren de sibarita, de beber vino de Madeira y haber hecho un palacio de la Casa Blanca del pueblo gastando enormes sumas en su decoración. Este discurso circuló por toda la nación y fue la táctica más efectiva de los liberales... Hicieron circular dibujos del presidente, caracterizado como el modelo de la perfección sartorial, sentado a la mesa ante un servicio de plata y rodeado de pilas de oro...

Cuando un periódico demócrata en mal momento hizo una broma acerca del oscuro Harrison, quien de quedarse solo estaría contento en su cabaña de palo con un vaso de sidra barata, los liberales comprendieron que había llegado su oportunidad. No importaba que el general se hallase de hecho en cómoda situación y percibiese un estipendio anual de seis mil dólares: sería el candidato de la cabaña de palo. Se hizo notar que los demócratas harían bien en nombrar un candidato a la vicepresidencia, pues "el señor Van Buren, a consecuencia de la vida lujosa a que es tan adicto, podría pasar a la otra en un abrir y cerrar de ojos". Comparad todo esto, exclamaban los ofendidos liberales, con la severa sencillez de Harrison, el granjero de North Bend, a quien sus visitantes han descubierto recientemente mayal en mano, batiendo el grano en el piso de su establo.<sup>73</sup>

Al presentar a su candidato para gobernador en ese año, la Convención Liberal de Nueva York lo describía como “un verdadero y valioso representante de los principios demócrata-republicanos, nacido en el bosque de la noble región del oeste de nuestro propio Estado, educado entre una industriosa parentela para el trabajo manual en la granja y en la manufactura, democrático en todas sus amistades y simpatías. . .”<sup>74</sup> En realidad muchos de los candidatos del partido liberal eran “caballeros”, descendientes de algunas de las primeras familias del país.<sup>75</sup> Pero a fin de entonar con el espíritu democrático de la época, navegaban con bandera de fraternidad e igualdad y hasta llamaban al odio de clase contra la élite.

Los liberales reclamaban la protección gubernamental de la manufactura porque tal desarrollo estimularía el igualitarismo. En 1844, los liberales de Nueva York presentaron el siguiente argumento en favor de las tarifas protectoras:

¿Cuáles Estados han sido siempre los más celosos defensores de la Protección? No son acaso los más democráticos en sus instituciones, en los sentimientos, hábitos y opiniones de sus poblaciones, donde el sufragio está difundido con mayor extensión, la ocupación de los cargos públicos es más breve y dependiente, aquellos Estados donde los trabajadores han ejercido siempre la influencia más directa y poderosa, donde la propiedad está dividida con mayor equidad y cambia con mayor frecuencia de poseedores? ¿No es éste el efecto natural de una causa natural? La tendencia del ejercicio constante del deber ha protegido el trabajo que hace igual la condición del hombre.<sup>76</sup>

Para interpretar la significación de la ideología igualitaria expuesta primero por el dominante partido demócrata-republicano, interesa situar estos acontecimientos y doctrinas en su contexto histórico. Los conservadores americanos de la primera mitad del siglo diecinueve, o sea los liberales, tuvieron que reconocer que les gustara o no debían operar dentro del contexto de una sociedad dominada por los valores igualitarios, en la que tanto los derechos del pueblo a gobernar como los de aquéllos susceptibles de triunfo debían aceptarse como justos.<sup>77</sup> Muchos liberales, de hecho, concentraron sus preocupaciones igualitarias ante la necesidad de recibir el sostén de los otros sectores de la población de manera oportuna. Así, líderes liberales como William Seward de Nueva York, Charles Sumner de Massachusetts y Thaddeus Stevens de Pennsylvania, prestaron su apoyo vigoroso a la demanda de una educación escolar común financiada por el Estado, demanda que anteriormente habían expuesto los partidos radicales

de los trabajadores. Los liberales buscaron y recibieron a veces ayuda de los trabajadores sobre la base de este acuerdo en el caso de la educación escolar.

Tanto para demócratas como para liberales, las sociedades aristocráticas, monárquicas y oligárquicas de Europa constituían un anatema. Ambos veían en los Estados Unidos un orden social nuevo que debía servir de ejemplo al resto del mundo. Mientras que los partidos rivales contemporáneos de los nuevos Estados defienden ramas divergentes del "socialismo", los líderes políticos americanos del primer medio siglo de nuestra existencia invocaban la democracia y el igualitarismo (para los blancos).<sup>78</sup> Los líderes políticos de ambos lados creían que los Estados Unidos tenían una misión especial que realizar al introducir su nueva modalidad de orden político en el mundo, y algunos creían incluso que tenían la obligación de dar ayuda moral, financiera y de toda índole a los europeos radicales que luchaban por el republicanismo y la libertad.<sup>79</sup>

La significación del "izquierdismo" como valor central de la tradición política americana puede advertirse mejor desde el punto de comparación entre Canadá y los Estados Unidos. Pues aunque los filósofos de la política puedan argumentar cuán radical, liberal, izquierdista o hasta conservador ha sido el carácter de los acontecimientos y patrones políticos americanos, no cabe la duda en la mente de los historiadores canadienses. Contemplando la distinta historia política del norte y del sur de la frontera, los historiadores canadienses ven su nación como descendiente de la contrarrevolución mientras que los Estados Unidos son producto de una revolución triunfante. Una vez lanzado el dado, triunfó la revolución en 13 colonias y fracasó en el norte. El esqueleto institucional estaba, pues, armado, y los acontecimientos siguientes tendieron a reforzar la fuerza "izquierdista" en el sur y la conservadora en el norte.<sup>80</sup> El éxito de la ideología revolucionaria, la derrota de los *tories* y la emigración de muchos de ellos al norte a Canadá, o a través del océano hacia Gran Bretaña, todo esto sirvió para madurar la fuerza de las corrientes que compartían los principios democráticos igualitarios en la nueva nación, y para debilitar las tendencias conservadoras. Por otra parte, el fracaso de Canadá en tener una revolución propia, la migración de elementos conservadores y la emigración de los radicales, así como el éxito de la fuerza *tory* colonial en erigir una estructura de clases conservadora, todo ello contribuyó a hacer de Canadá una entidad más conservadora y rígidamente estratificada. Frank Underhill alude a los efectos del fracaso de las doctrinas de las revoluciones francesa y americana en Canadá:

Para esta debilidad de la izquierda en Canadá, la última explicación podría ser que nunca hemos tenido un siglo dieciocho propio. La vida intelectual de nuestra política no ha sido periódicamente revivida por las frescas corrientes de la fuente de vida del esclarecimiento del siglo dieciocho. En el Canadá católico francés las doctrinas de los derechos del hombre y de Libertad, Igualdad y Fraternidad, fueron rechazadas desde un principio y hasta hoy no han penetrado nunca, salvo subrepticia o espasmódicamente. El clima mental del Canadá inglés en sus primeros años de formación fue determinado por hombres que huían de la aplicación práctica de las doctrinas de la igualdad y de que todos los hombres son provistos por el Creador de ciertos derechos inalienables, entre los cuales se cuentan la libertad de vivir y la búsqueda de la felicidad. Todos los movimientos (norteamericanos) democráticos efectivos, liberales y radicales, del siglo diecinueve, han tenido sus raíces en el fértil suelo del siglo dieciocho. Pero nuestros antepasados hicieron el gran rechazo en el siglo dieciocho. En el Canadá no tenemos tradición revolucionaria...<sup>81</sup>

Otro historiador canadiense, A. R. M. Lower, ha hecho también hincapié en la manera en que los diversos resultados de la Revolución Americana afectaron a las dos naciones surgidas de las colonias inglesas norteamericanas aumentando el grado en que el igualitarismo ha dominado la vida de los Estados Unidos y el selectivismo o ideología de la élite ha operado en Canadá:

La ideología colonialista del *tory* en Canadá hizo su segundo intento de levantar en suelo americano una copia del edificio social inglés. Desde cierto punto de vista esto es lo más significativo en el movimiento leal a la Corona Inglesa: extrajo un concepto clasista de la vida en el sur, lo llevó al norte y allí le brindó una segunda oportunidad... Con el tiempo, Canadá puede ser una democracia casi tan amplia como los mismos Estados Unidos, aunque siempre mucho más conservadora; pues un país fundado para preservar el orden antiguo contra el nuevo debe necesariamente ser conservador.<sup>82</sup>

El sociólogo canadiense S. D. Clark anota varios otros cambios en las dos naciones, que como consecuencia enfatizaron las diferencias de valores políticos y de clase que las separaba. Sobre el cambio de la conducta religiosa en las colonias de Nueva Inglaterra, documenta su opinión como sigue: en Nueva Escocia, parte de Inglaterra antes de la Revolución, la victoria de los ingleses, facilitada por su control de los mares, afectó profundamente a las iglesias. "La institución que dominaba en la vida de la vasta mayoría de los ciudadanos de Nueva Escocia antes de 1775 era la Iglesia

Congregacional, que se pasó casi sólidamente de parte de la Revolución.” Con el fracaso militar de los revolucionarios, muchos pastores congregacionistas huyeron al sur, al territorio americano, y la Iglesia de Inglaterra se hizo dominante en la vida de la provincia.<sup>83</sup>

En cualquier valoración de las consecuencias del establecimiento de la nueva Nación Americana importa reconocer qué revolucionaria era en el sentido social la Revolución Americana. El historiador inglés Frank Thistlewaite puntualiza muchos de estos cambios:

... En el *impetu* de su éxito los insurgentes consolidaron su control y en cada uno de los nuevos Estados procedieron a transformar la vida institucional de acuerdo con sus creencias e intereses.

... Las antiguas asambleas coloniales fueron transformadas en legislaturas virtualmente soberanas del Estado, que representaban más directamente los intereses de la masa de pequeños agricultores. Organizáronse cuerpos de votantes que elegían un número representativo, para dar al país mayor medida de equidad...

... Confiscaron las tierras de la Corona y la mayoría de los Estados pertenecientes a los *tories*, grandes y pequeños, volviendo a distribuir parte de la tierra entre pequeños granjeros y soldados ancianos. Abolieron las formas feudales de tenencia de la tierra como el tributo en efectivo que pagaba el arrendatario al arrendador en sustitución de trabajo, el derecho exclusivamente hereditario a poseer la tierra y el de primogenitura. De aquí en adelante la incorporación de nuevos Estados, rasgo que vino a ser característico del crecimiento americano, no fue condicionada por la concesión de un privilegio con sus consiguientes exigencias, sino simplemente por el derecho de propiedad. El cambio aflojó el lazo social entre terrateniente y arrendatario; aumentó la movilidad de los bienes y la propiedad no tuvo ya las bases de la posición social, sino de la simple riqueza...

Los radicales hicieron también inestable la iglesia de Inglaterra. El nuevo cuerpo episcopal, privado de su antigua autoridad como iglesia de toda una sociedad, vióse reducido a la un tanto anómala posición de ser simplemente otra secta independiente, venerada entre los conservadores y los acomodados pero insignificante en la vida religiosa de América considerándola en su totalidad.<sup>84</sup>

Las diferencias culturales e institucionales entre los Estados Unidos y Canadá ofrecen una base útil partiendo de la cual se puede estimar hasta qué punto el rompimiento revolucionario con el sistema colonial, con su legitimación concomitante de varias ideologías igualitarias e instituciones como parte del sistema nacional de valor, ha jugado el papel de un factor primordial respecto al *ethos* nacional, en contraste con los efectos de circuns-

tancias como una "frontera abierta", la ausencia del feudalismo y la primogenitura europeos, etcétera. Canadá comparte con Estados Unidos muchas condiciones ecológicas, pero difiere en el modo en que su identidad nacional fue establecida. Y aunque Canadá sea más similar a los Estados Unidos que a Gran Bretaña u otras naciones europeas, difiere también de los Estados Unidos porque es culturalmente un país más conservador y una nación más estratificada en cuanto a su sociedad y a su política.<sup>85</sup>

A la inversa, la historia política y social americana ilustra el efecto de una nación que se desenvuelve en una tradición donde los valores liberales e igualitarios son parte de la definición de la propia nación. El sociólogo alemán Ralf Dahrendorf capta la esencia de las relaciones entre el sistema de valor americano y sus orígenes revolucionarios en su comentario sobre la reacción de Richard Hofstadter ante las doctrinas conservadoras de William Graham Sumner. Hofstadter dice del gran pensador americano del siglo diecinueve: "¿Habrá en toda la historia del pensamiento un conservadurismo tan absolutamente progresista como éste?" Dahrendorf conviene en ello al hablar del "conservadurismo" en América. Sugiere que nuestros valores conservadores "se caracterizan por el deseo de preservar el progreso más que cualquier otra cosa". Y puesto que los americanos somos todos, hablando ideológicamente, descendientes de revolucionarios, tanto americanos de izquierda como de derecha somos utopistas. Es probablemente el único país *desarrollado* del mundo "en el que hay muchos que piensan que lo Utopía puede ser verdad".<sup>86</sup>

##### 5. *La necesidad de la autonomía y la neutralidad*

Es característica de los nuevos Estados la necesidad de desligarse de cualquier identificación profunda con su antiguo gobierno imperialista o con cualquier poder extranjero importante. La nueva nación debe establecer su propia identidad, un sentido de lealtad a sí misma. En el mundo contemporáneo hemos presenciado el nacimiento del neutralismo como tendencia dominante entre las nuevas naciones de Asia y África. Este concepto de no alineación ha resultado ser desventajoso para los contendientes de la Guerra Fría, que ven la lucha como una de las tiranías contra la libertad. No pueden comprender por qué las naciones que acaban de conquistar su independencia pueden ser tan ciegas en una lucha internacional que envuelve los mismos intereses. Y la táctica de las nuevas naciones de dar su apoyo al mejor postor tratando con el bloque comunista contra los no comunistas es considerada una gran exhibición de oportunismo.

Plantear la cuestión en tales términos equivale a ignorar el hecho de que las naciones son inherentemente egoístas, que actúan en consonancia con lo que consideran benéfico para su crecimiento y supervivencia, y no de acuerdo con una moral universal. Además, esta conducta de los nuevos Estados es afectada por una serie de sentimientos ambivalentes dirigidos hacia su antigua Madre Patria. Por otra parte este antiguo poder colonial es aborrecido como el malvado explotador imperialista o el conspirador "monárquico", mientras que se le admira y trata de emular en tanto representa un complejo cultural superior.<sup>87</sup> Tal vez una consideración de estas actitudes ambivalentes, así como la necesidad de conservar la energía que requiere la solución de problemas especiales como son el crecimiento nacional y la supervivencia (aunados a la falta de legitimidad, a una política inestable y a la urgencia del desarrollo económico) conduciría a un mejor entendimiento de las posiciones adoptadas por las "nuevas" naciones ante las crisis internacionales en que están involucradas las "viejas" naciones.

Los Estados Unidos, en los primeros años de su independencia, exhibieron por encima de todos los demás la necesidad de conservar sus energías para el crecimiento interno permaneciendo al margen del conflicto entre las naciones europeas. Empezaron su vida como nación unificada aproximadamente en la misma época en que Inglaterra y Francia iniciaban su conflicto de casi 25 años a partir de la Revolución Francesa. La conducta de los Estados Unidos hacia estas naciones a menudo era inconsistente. Esto se debía al ambivalente sentimiento esencial hacia el sistema de valores de Inglaterra, como demuestra la división en líneas de izquierda y derecha entre los liberales que respaldaban los valores igualitarios y los conservadores que los temían. Sin embargo es preciso asentar que los líderes de ambas facciones americanas, republicanos y federalistas, deseaban ante todo mantener a la joven nación fuera de la guerra.<sup>88</sup>

En 1793, cuando Francia declaró la guerra contra Inglaterra, la última exigió a los Estados Unidos que hicieran pública su neutralidad. A esto, Jefferson se opuso resueltamente a ninguna declaración de neutralidad argumentando que el Presidente no tenía poderes para hacerlo.<sup>89</sup> Hamilton, por su parte, "estaba decididamente a favor de tal proclamación."<sup>90</sup>

Cinco años más tarde, amenazaba la guerra con Francia y la posición de ambos hombres se vio tergiversada. Fue entonces Jefferson quien estuvo más seguro del valor de la neutralidad y Hamilton más inclinado a prestar atención a los asuntos subordinados. Pero la profundidad de las convicciones neutrales de cada hombre la indica la restricción ejercida por Hamilton en 1797 y 1798 y la de Jefferson en 1793.<sup>91</sup>

En 1798, cuando la policía francesa ordenó la confiscación de todos los barcos mercantes a Inglaterra y cerró los puertos franceses a cualquier barco americano que hubiese visitado un puerto inglés, los federalistas asumieron una posición beligerante, circularon una legislación que convocaba a la creación de un ejército permanente, aumentaron la producción de armamentos y promulgaron las Actas o Decretos contra la Sedición Extranjera dirigidas a reprimir la crítica forastera o ciudadana contra el gobierno en tiempo de crisis. Hamilton, si bien violentamente antifrancés, trabajó con empeño para disminuir los esfuerzos de sus amigos federalistas en pro de una guerra con Francia. Durante la siguiente administración demócrata-republicana, Jefferson adoptó una política exitosa tendiente a evitar el carácter bélico de las provocaciones inglesas; los Estados Unidos, declarando embargo y ordenando a sus barcos no ir a ningún puerto de las naciones contendientes, hizo todo lo posible para evitar la guerra. La posición de su administración involucraba "sobre todo, un consejo de paciencia."<sup>92</sup> Como Nehru hoy día, Jefferson esperaba que los Estados Unidos pudieran sentar un ejemplo para demostrar a Europa "que hay medios pacíficos de reprimir la injusticia."<sup>93</sup>

La guerra, claro, vino finalmente en 1812. Los franceses habían retirado su embargo de los barcos americanos que comerciaran con los ingleses, pero ahora éstos mantenían un fuerte bloqueo naval a los barcos franceses que casi tocaba las aguas americanas.<sup>94</sup> La presión que originó la entrada de los Estados Unidos en la guerra no fue causada tanto por las imposiciones de Inglaterra como porque reflejaba el crecimiento del sentir nacionalista, en particular entre los nuevos Estados del oeste.<sup>95</sup> También influyó en grado considerable la decadencia de los federalistas probritánicos.

La debilidad de los Estados Unidos en esta guerra la ocasionó la falta de unanimidad en cuanto a los esfuerzos bélicos y a los diversos intentos que hubo para resistirse.<sup>96</sup> Demostró el peligro de llevar una nación nueva a la guerra antes de que se haya efectuado una verdadera unidad nacional. Lo que es más importante, ilustró el oportunismo básico de la política extranjera de América. Durante este periodo de amargas guerras europeas y aun internacionales, los Estados Unidos hicieron todo lo posible por evitarse complicaciones aunque muchos de sus líderes políticos tenían sus grandes simpatías. Los Estados Unidos amenazaron combatir contra un lado y otro en su tiempo, y trataron de capitalizar las debilidades de ambos bandos quitándoles sus territorios en América (Luisiana, Florida y Canadá). El alineamiento ideológico con la República Francesa, la solidaridad ancestral con Gran Bretaña, la oposición a la conquista de toda Europa por el emperador francés Napoleón, todo esto influyó poco en la deter-

minación de nuestra política. Y en cierto sentido, para “liberar” Canadá terminamos en alianza con el tirano que había destruido la República Francesa y querido subordinar toda Europa e Inglaterra a su voluntad.

De nuevo en 1823, nuestra política extranjera fue un tanto oportunista en cuanto que la aplicación de la Doctrina Monroe dependía implícitamente de Gran Bretaña para su implantación; de nuestro símbolo de monarquía y opresión y antiguo enemigo en la lucha por la libertad. Antes de someter su mensaje al Congreso, el Presidente Monroe pidió el consejo de Jefferson respecto a la proposición de la Secretaría Británica de Asuntos Extranjeros, de “cooperación entre Gran Bretaña y los Estados Unidos contra los designios de la Santa Alianza sobre Sudamérica.” Jefferson contestó:

Nuestra primera y fundamental máxima debiera ser no mezclarnos nunca en las camorras de Europa. La segunda, no permitir nunca la intromisión europea en los asuntos de esta parte del Atlántico. América, en el norte y en el sur, tiene una serie de intereses distintos a los de Europa, y particularmente suyos. . . Mientras que la última (Europa) trabaja para ser la cuna del despotismo, nuestra conducta debía ser seguramente la de hacer del nuestro un hemisferio de libertad. Una nación, sobre todo, podría molestarnos en esta búsqueda; ahora ofrece dirigirnos, ayudarnos y acompañarnos en ella. Accediendo a su proposición la sacamos de la fila, aumentamos con su gran peso la escala del libre gobierno y emancipamos un continente, que de otra manera permanecería sumido en dudas y dificultades.<sup>97</sup>

Básicamente, la antigua política extranjera seguía los principios sentados en *El Federalista*, en una sección escrita por Alexander Hamilton. Él insistía en que la paz permanente de las naciones era una meta utópica, que todas las naciones están y deben estar interesadas en una política extranjera que les sea favorable y que América debía mantenerse fuera de los conflictos de ultramar que no afectaran directamente sus intereses y “aspirar a tener un ascendiente sobre el sistema de los asuntos americanos.” Estos principios aparecerían de nuevo en el Discurso de Despedida de Washington en 1796,<sup>98</sup> escrito en gran parte por Hamilton, y finalmente en la Doctrina Monroe de 1823 donde John Quincy Adams “. . . personalizaba el poder. . . de formular sin compromiso” sus tres fallos que incluían el principio de Abstención. Esta política de “Abstención de las ‘ordinarias’ vicisitudes y ‘ordinarias’ combinaciones y colisiones de las políticas y guerras europeas” hizo posible la justificación de una política tendiente a establecer la del destino manifiesto de los Estados Unidos en su propio hemisferio.

Intuyendo las ventajas de América sobre las desdichas de Europa (John Quincy Adams) se abrió paso tranquilamente, a pesar de todos los impedimentos de papel del Viejo Mundo, entre las vacías extensiones de Norteamérica. Diplomáticamente llevó la pelota del Imperio Americano... a través de los planos boreales, sobre las Montañas Rocosas y entre los bosques espesos que velaban el Oregon, para establecer la soberanía republicana sobre las costas del Pacífico fuera del alcance de ulteriores colonizaciones europeas. Más que cualquier otro hombre de su tiempo, tuvo el privilegio de recoger, formular y practicar los fundamentos de la política extranjera americana —autodeterminación, independencia, no-colonización, no-intervención, no-complicaciones con la política europea, Libertad de los Mares, libertad de comercio— y de arraigarlos en el suelo del Hemisferio Occidental. En esas tierras se mantuvieron y prosperaron durante un siglo entero.<sup>99</sup>

El “neutralismo” de la política americana primitiva, así como el de muchos nuevos Estados contemporáneos, ha sido de extrema importancia para reducir algunas de las tensiones internas que hubieran podido romper las débiles estructuras de autoridad que han caracterizado tales políticas. Cuando las actitudes hacia los asuntos extranjeros afectan sentimientos profundamente arraigados o fuertes intereses, la lucha contra los poderes extranjeros puede destruir la unidad nacional y el sentido de la identidad nacional. Muchos republicanos se hubieran rehusado a dar su apoyo a una guerra contra la República Francesa en 1798. Aunque el partido federalista casi había muerto para 1812, muchos de los Estados controlados por él en Nueva Inglaterra sabotearon abiertamente los esfuerzos bélicos. Y la subsiguiente inmigración de todas partes de Europa en la última parte del siglo diecinueve reforzó las tendencias neutralistas puesto que originó la presión de los grupos étnicos que reaccionaban duramente ante la política americana que afectase a sus países de origen. Aún durante el siglo veinte, cuando los Estados Unidos abandonaron finalmente su aislacionismo, diversos grupos étnicos se opusieron con vigor a la participación americana en la I y en la II Guerras Mundiales por causa de tales lazos. Alemanes, irlandeses y judíos se sintieron ultrajados por nuestra actitud de la primera guerra, y muchos mantuvieron su oposición después de que este país había tomado parte en ella.

Es interesante señalar que el único Estado europeo estable donde conviven varios grupos étnicos, Suiza, que una vez tuvo (como los Estados Unidos y otros nuevos Estados) el problema de constituir una nueva unidad, ha defendido su histórico neutralismo en situaciones en que cualquier otra política hubiese fracasado. El Ministro suizo de Asuntos Extran-

jeros ha declarado recientemente: "Como comunidad compuesta por varios grupos étnicos, lingüísticos y sectarios, la Confederación no podía participar en las querellas nacionales y religiosas europeas sin correr el riesgo de la desintegración. Sin la neutralidad... Suiza difícilmente podría existir hoy en día."<sup>100</sup>

Aunque pocos de los nuevos Estados están divididos internamente en grupos étnicos que tengan lazos nacionales o culturales con los poderosos bloques externos, ellos han sido divididos como los Estados Unidos de antaño respecto a quiénes "oponer la neutralidad." Y muchos líderes de tales Estados adoptan la misma posición que Jefferson y Hamilton sostuvieron en 1790. Podrán esperar la victoria de un lado u otro, y en algunos casos que ninguno de ellos conquiste la supremacía internacional, pero sienten como nación nueva la necesidad de asegurar una estructura legítima de autoridad y un rápido desarrollo económico, por lo que deben abstenerse de cualquier vinculación con los asuntos extranjeros.

#### 6. *El papel de los intelectuales*

Entre los muchos contrastes que puedan observarse entre la política de los viejos y los nuevos Estados existe la diferencia en el papel de los intelectuales. En los primeros, la política dinámica no ha sido una actividad particular relacionada con los fines intelectuales; en los últimos, en sus primeros días, la política puede considerarse casi del dominio exclusivo de los intelectuales. En estos países los intelectuales han sido los innovadores, los agentes del cambio social. Son ellos quienes introdujeron las ideas de nación, democracia e igualdad en el populacho. No sólo añadieron nuevos valores a los sistemas tradicionales, sino que encabezaron movimientos nacionalistas y fueron los líderes en la táctica de la revolución. Como hace notar Edward Shils:

La preeminencia de los intelectuales en la política de los nuevos Estados de Asia y África nace en parte de la especial afinidad que existe entre la orientación intelectual moderna y la práctica de la política revolucionaria o no-constitucional, política acivil por naturaleza. Pero aún en el reducido espacio asignado a la política civil anterior a la adquisición de soberanía de los nuevos Estados y a partir de ella, los intelectuales han ocupado una posición dominante...

Fue en los intelectuales en quienes, primeramente, se desarrolló la tarea de luchar por el derecho de sus naciones a la existencia, hasta el grado de que ellos promulgaron la misma idea de nación.

La erosión de la conciencia y de la propia confianza de los poderes coloniales fue en considerable medida producto de movimientos de agitación dirigidos por intelectuales. El que los compatriotas adquiriesen un sentido incipiente de nacionalidad y autoestimación nacional fue en gran medida una conquista de los intelectuales, tanto laicos como religiosos. . . <sup>101</sup>

Shils sugiere, a causa del relativamente corto número de intelectuales en los nuevos Estados, que “todas las personas de *educación avanzada moderna*” deben considerarse como tendientes a la clase intelectual. <sup>102</sup> Y dadas las oportunidades limitadas que se ofrecen a los artistas creadores y escritores, profesores universitarios, servidores civiles de alta posición y de otras ocupaciones, afirma que la profesión legal ha sido la ocupación más importante para los individuos de esmerada educación. El esfuerzo por aplicar leyes de “país viejo” a las colonias ha conducido a largos litigios. “El tiempo de ocio del joven abogado era un campo fértil en el cual germi- naba gran actividad política. . . (L) a profesión legal proporcionó a muchos de los dirigentes sobresalientes en los movimientos nacionalistas de la época colonial y. . . los abogados intelectuales forman. . . parte vital de la élite política en los nuevos Estados.” <sup>103</sup>

La ideología de estos intelectuales es el populismo. “El pueblo” está dotado de cierta mística sagrada y la proximidad a él rodea de aprecio al interesado. Es una manera de legitimar su papel director, sea democrático u oligárquico, pues el pueblo constituye la substancia que servirá de política gubernamental. Esta ideología, sin embargo, no parece conducir por parte de los intelectuales a ningún entendimiento o apreciación reales del pueblo, ni siquiera a una actitud igualitaria hacia él.

El pueblo es un modelo y un patrón; el contacto con él es bueno. La estimación y la no estimación se cifran en la base de la “cercanía del pueblo” o el distanciamiento de él. . .

Sin embargo, a pesar de su preocupación por el “pueblo”, el populismo de los intelectuales de los países subdesarrollados no acarrea con él ni intimidad con el pueblo ordinario, ni una ligazón concreta con él ni una actitud democrática siquiera. Es compatible con el pueblo pero no lo necesita. El populismo puede ser el principio legitimizador de los regímenes oligárquicos, de los democráticos y de todos los tipos intermedios. El pueblo constituye una buena perspectiva para ser servida por la política gubernamental. <sup>104</sup>

No obstante, los intelectuales de los nuevos Estados no están destinados a convertirse en reyes-filósofos. Después de la independencia la emergencia de la política de masas, del antiintelectualismo, concomitante del iguali-

tarisino, propicia la preeminencia de políticos y administradores que tienden más a lo profesional que a lo intelectual. Habiendo experimentado la vivificante experiencia de un papel principal en la creación de su nación, muchos intelectuales se retiran desilusionados de la política activa.<sup>105</sup> Las tensiones resultantes entre ellos y la élite gobernante los hace sentirse “vejados y subestimados en el nuevo Estado, por cuyo advenimiento tanto habían trabajado y soñado.”<sup>106</sup>

Si pasamos de estas generalidades derivadas del examen de la India y otros nuevos Estados a los jóvenes Estados Unidos, resulta interesante comprobar los paralelos de ambos en los viejos y nuevos acontecimientos. En ambas épocas los principales dirigentes nacionalistas fueron hombres que combinaron la educación con la acción. Introdujeron la ideología de la independencia y la igualdad y combatieron después en su favor. En los antiguos Estados Unidos, los intelectuales jugaron un papel determinante en la aplicación de la doctrina de los derechos naturales que tenían los americanos para reclamar la independencia. Y no contentos con proporcionar simplemente las ideas, muchos tuvieron importante participación en el establecimiento de la nueva nación.<sup>107</sup>

Richard Hofstadter describe el papel de los intelectuales como sigue:

En el momento en que los Estados Unidos empezaron su existencia nacional, es difícil que haya existido el problema de establecer una relación entre intelecto y poder. Los dirigentes *eran* los intelectuales. . . Los Padres Fundadores eran hombres bien educados, muchos de ellos versados en la enseñanza clásica, que hicieron esfuerzos notables por aplicar sus extensos conocimientos históricos, políticos y legales, a la solución de los problemas imperantes de nuestro tiempo. Sabios, científicos, artistas, hombres de amplia cultura, todo eso eran sin duda. . .<sup>108</sup>

Y como en los nuevos Estados contemporáneos, muchos de estos intelectuales políticos habían cursado la carrera de Derecho. “De los cincuenta y cinco firmantes de la Declaración de Independencia, veinticinco eran ‘abogados’; de los cincuenta y cinco miembros de la Convención Constitucional de Filadelfia, treinta y uno eran ‘abogados’; en el primer Congreso, diez de los veintinueve senadores y diecisiete de los sesenta y cinco representantes eran ‘abogados’.”<sup>109</sup> Daniel Boorstin, al citar estas figuras, hace un paralelo similar al de Shils cuando dice que “esto no muestra la importancia de una profesión legal especializada en la construcción de nuestra nación,” sino “la vaguedad de las fronteras entre el conocimiento legal y los demás en la fluidez de América.”<sup>110</sup>

Pero como es bien conocido, la dirección de los intelectuales no sobrevivió a la primera generación revolucionaria.<sup>111</sup> Este cambio en la vida política de los Estados Unidos está asociado al nacimiento de la máquina política ocasionado por la extensión del sufragio.<sup>112</sup>

Las pasiones surgidas con los inicios del conflicto partidario a fines del siglo dieciocho y a principios del diecinueve fueron testigos de uso de la fantasía antiintelectual por parte de las dos facciones principales. Jefferson, en particular, fue atacado por los federalistas como ideólogo cuya política peligrosa reflejaba sus preocupaciones sobre las ideas y principios abstractos.<sup>113</sup> Y varios liberales interesados en democratizar la sociedad criticaron a “las clases propietarias e ilustradas.” sugiriendo que su ilustración podía ser empleada contra la gente común.<sup>114</sup> Finalmente, el “antielitismo” explícito del movimiento jacksoniano seguido de la adopción de la táctica populista por los principales partidos significaba que el intelectual podía participar directamente sólo bajo el peligro de ser denunciado como “elitista”.<sup>115</sup>

Así, de una revolución conducida por intelectuales y de una república fundada por hombres creadores y cultos, el igualitarismo triunfante apadrinado por la Revolución expulsó a los intelectuales, proceso copiado en la actualidad en naciones como Ghana e India.

La presente conducta de los intelectuales en estas nuevas naciones se parece también a la de los intelectuales americanos respecto a los sentimientos de inferioridad provenientes del *vis-a-vis* cultural contra la creatividad de las grandes ciudades, generalmente contra el centro principal de la ciudad materna. Para los intelectuales americanos del siglo dieciocho y el diecinueve, Londres y otras capitales europeas eran los centros que debían impresionar.<sup>116</sup> Solamente la ilustración, la literatura, el arte y la educación superior de Europa eran considerados buenos, mientras que América, producto de “colonialismos y provincialismos”, era vista como inferior.<sup>117</sup>

En la mayoría de las nuevas naciones contemporáneas, el problema de la inferioridad cultural es todavía más difícil porque los intelectuales se sienten atraídos a los principales centros de las naciones que hablan lengua extranjera para la mayoría de los ciudadanos de sus países. El escritor o erudito de algún lugar antes propiedad del Imperio Británico busca la aceptación de Londres, mientras que en los territorios una vez gobernados por París los intelectuales buscan aún la aprobación parisina.<sup>118</sup>

Si la sabiduría y la creatividad residen en tierras más dependientes, entonces el propio país debe modelar sus instituciones intelectuales de acuerdo con estas culturas superiores. Tales actitudes tienen, por supuesto

el antiintelectualismo y el populismo apadrinados entre los devotos nacionalistas de las nuevas naciones. El culto al populismo, la "creencia en el poder creativo y en el valor moral superior del pueblo ordinario, de los incultos y no intelectuales", puede también encontrarse entre los intelectuales de los nuevos Estados "provinciales", pues una creencia en la mayor capacidad de razonamiento por parte de los iletrados permite esperar que la cultura de estos Estados embrionarios aventajará rápidamente la de las naciones imperialistas decadentes.<sup>119</sup> Hasta Thomas Jefferson escribía: "Plantead un caso moral a un campesino y a un catedrático. El primero decidirá tan bien y a menudo mejor que el segundo, pues no ha sido desviado por leyes oficiales."<sup>120</sup> Y el gran historiador George Bancroft "bordaba poéticos juicios acerca de la mente no instruida de Jackson" como si fuere una circunstancia que lo capacitara para traer a la presidencia una sabiduría mayor que la de los "versados en los libros."<sup>121</sup>

La desaprobación de las actividades abstractas intelectuales, del arte por el arte, de la contribución que puedan dar los intelectuales a la vida política, ha sido también estimulada en los nuevos Estados, en el pasado y en el presente, por la imperiosa necesidad de apresurar el desarrollo social práctico y económico. El deseo de detener y sobrepasar el pasado poder imperialista significa que las "búsquedas no prácticas" deben pasar a segundo lugar en la valoración de los políticos y los intelectuales.<sup>122</sup> Solamente los Estados dominados por los valores de clases superiores y establecidas que no sienten ninguna inferioridad y ninguna necesidad de alcanzar a nadie pueden permitirse un lugar especial para el intelectualismo "puro".<sup>123</sup>

Las nuevas naciones necesitan que sus intelectuales ayuden a desarrollar la imagen de lo que la nación es. Y como hemos visto, los intelectuales han jugado un papel importante en muchas de esas naciones, al formular los objetivos y razonar la lucha por la independencia. Pero una vez independientes, la ideología izquierdista y populista apadrinada por la revolución victoriosa, más el énfasis en los objetivos prácticos como primordiales en una sociedad "subdesarrollada", sin tradiciones conservadoras o aristocráticas legítimas, presiona a los intelectuales a substraerse a una participación de grupo efectiva en la política. La importancia que conceden estos intelectuales a la "buena opinión" de la élite del antiguo poder metropolitano del que han triunfado los conduce a menudo a reprobar los logros de la nación que ellos mismos ayudaron a constituir. Pues las nuevas naciones no solamente son populistas y pragmáticas, sino además provincialistas. La tensión resultante entre los intelectuales y las fuerzas dominantes de la nueva nación pueden ser un obstáculo para formular una legiti-

midad y auto-imagen efectivas de la sociedad. Así, las nuevas naciones encaran el problema de incorporar a sus intelectuales a la política, problema que los Estados Unidos apenas empiezan a resolver en gran escala.<sup>124</sup>

### *Conclusión*

Al especificar los procesos habidos en la evolución de la primera nación nueva, comparables a los que se desarrollan en las sociedades contemporáneas de Asia y África, no intento decir que tal analogía rige en la mayoría de los aspectos. Es evidente que las condiciones de los jóvenes Estados Unidos eran muy distintas; en comparación con la mayoría de las nuevas naciones de hoy tuvieron que afrontar problemas más sencillos.

Aunque los conflictos internos derivados de las diversas actitudes hacia la Revolución Francesa turbaron la joven política de los Estados Unidos, no existía entonces ninguna conspiración totalitaria internacional que intentase trastornar el desarrollo político y económico desde dentro, presentando un modelo de crecimiento económico aparentemente triunfante, asequible mediante el empleo de métodos autoritarios. También la ausencia de la comunicación de masas significa que los primeros americanos estaban relativamente aislados, por lo cual no comparaban sus condiciones con las imperantes en países más desarrollados. Los Estados Unidos no se enfrentaron a una "revolución de ilusiones y esperanzas" basada en el conocimiento de que la vida es mucho mejor en otras partes. Los conceptos aceptados de los derechos naturales o de propiedad ni incluían una justificación para la participación organizada en la política de las clases más bajas, a fin de obtener un ingreso más alto, ayuda del gobierno y demás. Además, cualesquiera que sean los efectos de la existencia de una frontera abierta, cabe poca duda de que esto contribuyó a la estabilidad social.

Los Estados Unidos fueron fundados por una población relativamente homogénea, cuya mayor parte provenía de Inglaterra. Había una lengua común, una similitud de credos religiosos (aunque las diferencias en cuanto a la denominación ocasionaron algunos problemas), una tradición cultural y política común. Esto último es de particular importancia puesto que esta tradición incluía el concepto de reglamentación legal y aun el de constitucionalismo. Cada colonia operaba bajo una legislación que definía y limitaba los poderes gubernamentales. Aunque súbditos coloniales, los americanos eran también ingleses y por ello estaban acostumbrados a los derechos y privilegios de los ingleses. A través de sus gobiernos locales poseían en realidad más derechos que los propios residentes de Inglaterra

disfrutaban en su mayoría. En cierto modo, aun antes de la independencia los americanos tenían una condición básica para el gobierno democrático: la posibilidad de elaborar sus instituciones fundamentales.<sup>125</sup>

Esto requiere no sólo una eficiente administración, sino un sistema judicial de nivel profesional elevado y, en todas las ramas del gobierno, un respeto escrupuloso por las leyes, escritas o no, que rigen el ejercicio del poder. El significado de tales leyes debe ser conocido por más personas de las que ocupan el poder limitado por las leyes, y debe propiciarse toda queja contra aquellos sospechosos de quebrantarlas. Esto significa que debe haber, en el sentido más amplio, un gobierno constitucional.<sup>126</sup>

La capacidad de elaborar las instituciones de una nación democrática requiere cierta adulteración tanto en el nivel de la élite como en el de la ciudadanía. Y como Carl Bridenbaugh ha demostrado, la América de la época revolucionaria no era un simple desagüe colonial.<sup>127</sup> Filadelfia era la segunda ciudad inglesa en tamaño, y sólo Londres la sobrepasaba en el número de habitantes. Filadelfia y otras capitales coloniales eran centros de cultura relativamente elevada para la época. Tenía universidad y sociedades eruditas y su élite estaba en contacto y contribuía a las ideas científicas e intelectuales de Gran Bretaña.

La tradición religiosa especial del puritanismo calvinista, más poderosa en las colonias que en la Madre Patria, contribuyó también grandemente al trabajo político y económico de la nación. Como ha señalado Richard Schlatter en un reciente sumario de investigaciones a este respecto la tradición puritana envolvía un respeto por la instrucción que condujo al establecimiento de escuelas y universidades a un grado tal que sobrepasó a Inglaterra, facilitó el surgimiento de un *ethos* de negocios y trabajo que alentó el rápido crecimiento económico, hizo hincapié en el "constitucionalismo y el gobierno limitado" y, por último, arraigó más la creencia en el destino único y utópico del Nuevo Mundo. La convicción de que "son un pueblo peculiar destinado por la Providencia a vivir en una comunidad más perfecta que cualquiera conocida por el Viejo Mundo, el sentimiento de que la misión de América es la de poner el ejemplo a las demás naciones, esto es parte de la herencia puritana de América."<sup>128</sup>

La estructura de clases en América, aun antes del establecimiento de la nueva nación, se acercaba más a las condiciones de una democracia estable que las del Viejo Mundo. Poco antes de obtenerse la independencia Crèvecoeur, aunque simpatizaba con la causa *tory*, hablaba del igualitarismo de la sociedad americana:

Ricos y pobres no están tan distanciados entre sí como en Europa. . . Una agradable uniformidad de competencia decente se hace visible por doquiera que vamos y en nuestras mismas habitaciones. . . Le llevaría tiempo (al visitante del extranjero) reconciliarse con nuestro diccionario, tan parco en palabras de dignidad y nombres de honor. . . Aquí el hombre es tan libre como debe serlo; sólo que esta igualdad tan placentera no es tan transitoria como todas las otras.<sup>129</sup>

Y el gran interés por la instrucción llevó a una distribución más equitativa de la alfabetización y la educación que la de cualquier otra parte. El censo de 1840 registró una población analfabeta de sólo 9 por ciento. Este nueve por ciento lo constituían jóvenes de veinte años o más.<sup>130</sup>

Un hecho de mayor importancia para facilitar el desarrollo de la nueva nación, política y económicamente, fue que el peso de las tradiciones antiguas presente en casi todos los nuevos Estados contemporáneos estuvo ausente en la joven América. No era únicamente una nueva nación: era también una nueva sociedad, mucho menos ligada a las costumbres y a los valores del pasado que cualquier país europeo. Crèvecoeur ha descrito bien al americano como hombre nuevo, cuyas características no habían sido vistas antes.<sup>131</sup>

Los únicos valores importantes que pudieran denominarse "tradicionalistas" eran los religiosos. Aquí resulta evidente que los defensores del tradicionalismo religioso estaban seriamente debilitados durante los primeros cinco años de la República. Después de la independencia las diversas iglesias del Estado fueron decayendo, los anglicanos en el sur y los congregacionalistas en Nueva Inglaterra. Los líderes políticos nacionales consideraban poco necesario referirse a Dios o a la religión en sus discursos, para disgusto de muchos ministros. Las fiestas cristianas no eran celebradas como nacionales. En 1810 el Congreso dictó una ley ordenando la apertura de las oficinas postales en domingo y la entrega de la correspondencia. Y aunque varios grupos religiosos organizaron una importante campaña para repudiar esta ley, el Congreso reafirmó su posición en 1830 en un mensaje al Senado en que se hacía hincapié en la igualdad de la no-religión y la religión en América, por lo cual no podía implantarse un día especial de fiesta sólo porque algunos grupos religiosos lo quisieran.<sup>132</sup>

Estas ventajas que poseían los Estados Unidos en sus primeros años, en comparación con la mayoría de los nuevos Estados contemporáneos, más que atenuar ponen de relieve la similitud de reacciones a que aludíamos. Según la evidencia, los Estados Unidos estuvieron a punto de fracasar

en su esfuerzo por establecer una autoridad unificada legítima. El primer intento de hacerlo en 1783, después de la independencia, fue un fracaso. El segundo y exitoso esfuerzo estuvo bajo constante peligro por las frecuentes amenazas de secesión y el alarde franco de la autoridad central hasta la Guerra Civil.

Todos los Estados de reciente independencia encaran dos problemas interrelacionados: el uso legítimo del poder político y el establecimiento de la identidad nacional. Y si persiguen el establecimiento de una política democrática, deben poner en vigencia normas institucionales contra los intentos dirigidos a reprimir la oposición organizada y a negar la libertad civil de crítica.

Este documento ha explorado varios procesos de desarrollo según fueron surgiendo en los jóvenes Estados Unidos. La identidad nacional se formó primero bajo la égida de una figura de autoridad carismática y después bajo la dirección del ala izquierda dominante del partido revolucionario, capitaneado sucesivamente por tres Padres Fundadores. Las presiones en los nuevos Estados para reprimir los movimientos de oposición viéronse reducidas en América por la rápida decadencia de la oposición conservadora. La necesidad de establecer un gobierno estable y un sentido de identidad condujo a los líderes de los Estados Unidos a resistir los intentos de los "viejos Estados" de mezclar a la joven nación en sus querellas. Pero al mismo tiempo que los americanos rechazaban los "embrollos europeos", utilizaron claramente al Viejo Mundo como grupo de referencia tanto positivo como negativo, descartando su estructura política y de clases como retrógrada y considerando sin embargo dignos de admiración sus conquistas culturales y económicas. Los intelectuales, particularmente, expresaron su ambivalencia desde que jugaron un papel predominante en el establecimiento y definición del Estado, pero encontráronse después con que la tarea de operar y vivir en él requería que se amoldaran a los valores del populismo vulgar y del provincialismo.

Al establecer su identidad, la joven América se vio rápidamente a sí misma, y fue también por otros así considerada, como una sociedad radical en la que no tenían lugar el conservadorismo ni el tradicionalismo. Desde Tocqueville y Martineau en 1830, hasta Gunnar Myrdal en época más reciente, los visitantes del extranjero se han impresionado por la extensión en que los valores proclamados en la Declaración de Independencia han servido para prescribir la conducta político-social. Los americanos han seguido considerándose antimperialistas; su historia se inicia con una revolución contra un opresor extranjero aristócrata. Y la legitimidad últimamente alcanzada por la estructura de gobierno americana se ha basado en la

premisa de que, como nación, está dedicada a la igualdad y a la libertad, al cumplimiento de objetivos políticos universales.

Como estableció Frank Thistlewaite sólo hace unos años:

A mitades del siglo veinte el pueblo americano persigue todavía su ideal revolucionario: una República fundada en la creencia de que los hombres de buena voluntad pudieron penetrar juntos voluntariamente al santuario de la tosquedad selvática de América para ordenar sus asuntos comunes de acuerdo con principios racionales; una asociación consagrada en que los hombres participan no por virtud de haber nacido en ella herederos de una costumbre inmemorial, sino por virtud de la libre elección, de la voluntad de afirmar ciertos principios sagrados; la comunidad de los desarraigados, de los emigrantes que volvieron la espalda al pasado en que nacieron... una sociedad siempre en movimiento y siempre experimentando, contraria a los valores rígidos, protectora de la libertad de pensamiento y acción, que deposita todas las promesas del futuro en aquellos que en bien de la humanidad rechazan el pasado.<sup>133</sup>

No es posible especificar aquí las "lecciones" que pueden aprovecharse en los esfuerzos contemporáneos para establecer una nación. Procede sin embargo, finalmente, observar que aquellos que se interesan en los problemas de las nuevas políticas que se desarrollan hoy en día pueden hallar en la historia primitiva de los Estados Unidos mucho de lo que tiene relevancia en el escenario actual. La primera nueva nación puede contribuir más que el dinero a las de nuestra época; puede indicar cómo los valores revolucionarios igualitarios y populistas pueden ser incorporados a una política estable no autoritaria.

#### NOTAS

<sup>1</sup> Cierta número de apologistas sureños después de la Guerra Civil, y más recientemente el señor Arthur Schlesinger, han respaldado con documentos la afirmación de que casi todos los Estados del país y todas las facciones políticas importantes o grupos interesados trataron, una y otra vez en el lapso de 1790 a 1860, de eliminar el poder del gobierno nacional o de romper la Unión directamente. Ver *New Viewpoints in American History*, de Arthur Schlesinger (Nueva York: The Macmillan Company, 1922), pp. 220-240; *The Rise and Fall of the Confederate Government*, de Jefferson Davis (Nueva York: Colliers Books, 1961), páginas 56-60.

Hubo muchas amenazas de separación en la primera década de la existencia nacional, tanto por parte de los Estados nortños como por parte de los sureños. Ver "The Federalist Period as an Age of Passion", de Marshall Smelser, *The*

*American Quarterly*, 10 (1958), pp. 393. En 1798 dos futuros presidentes, Jefferson y Maddison, buscaron la manera de nulificar ordenanzas de legislatura estatal que proclamaban el derecho de cada Estado a decidir dentro de sus jurisdicciones problemas competentes a la autoridad nacional.

Tras abandonar el ministerio nacional en 1801, varios líderes federalistas procuraron en 1804, 1808 y 1812, tomar los Estados nortños o Nueva Inglaterra de la Unión o sacar los Estados occidentales de ella. Aaron Burr, vicepresidente demócrata-republicano de 1801 a 1805, trató de organizar una secesión por parte del oeste. Los federalistas de Nueva Inglaterra se opusieron a la guerra de 1812 y muchos de ellos, incluso los oficiales electos por el Estado, intentaron sabotear los intentos bélicos.

Más tarde, cuando el asunto de la esclavitud adquirió importancia, tanto abolicionistas como defensores de la esclavitud hablaron de destruir la Constitución y la Unión. Las actividades de los sureños son por supuesto bien conocidas, pero a menudo se olvida que en el periodo primario del combate, cuando los abolicionistas desesperaban de eliminar el esclavismo a causa de las garantías constitucionales, la constitución fue descrita por algunos como un documento "mantenedor de la esclavitud" y Garrison la llamó "convenio con la muerte y pacto con el infierno". W. L. Garrison, *The Words of Garrison* (Boston, Houghton, Mifflin Co., 1905), p. 25.

A causa de la oposición a la esclavitud, algunos Estados nortños exigieron la no cooperación con el gobierno durante la Guerra Mexicana, calificándola de lucha sin más objetivo que extender el territorio esclavizado. Ver Schlesinger, *op. cit.*, pp. 230-231. Hubo de hecho muchos desertores del Ejército Americano durante esta guerra. Es "aparentemente el único caso conocido en el cual un cuerpo de soldados de los Estados Unidos, después de su deserción formaron un contingente al lado del enemigo..." Edward S. Wallace, "Notes and Comment — Deserters in the Mexican War", *The Hispanic American Historical Review*, 15 (1935), p. 374.

Varios Estados nortños circularon leyes durante 1850 y los años subsiguientes, las llamadas Leyes de la Libertad Personal, formuladas para prevenir la compulsión de la legislación federal, la Ley del Esclavo Fugitivo. La legislatura de Nueva Jersey justificó esta posición en 1852, describiendo la Unión como "pacto entre los diferentes Estados", mientras que en 1859, precisamente antes de la Guerra Civil, Wisconsin, el Estado en el que el Partido Republicano fuera fundado cinco años atrás, declaró que los varios Estados "que habían formado el pacto federal, siendo 'soberanos e independientes' tenían 'el derecho incuestionable de juzgar sus infracciones' y de recurrir al 'desafío categórico' de todos los actos no autorizados del gobierno general". Schlesinger, *op. cit.*, p. 231.

<sup>2</sup> Un estudio de las condiciones bajo las cuales las tropas federales fueron conminadas a suprimir los desórdenes apunta los cambios ocurridos con el crecimiento de la autoridad legítima.

"Antes de la Guerra Civil los ejemplos más escandalosos del desorden fueron ocasionados ya por oposición al gobierno estatal o al gobierno nacional. Washington, Adams y Jefferson se vieron a su turno ante la tarea de imponer las leyes federales por la fuerza de las armas. En cada caso el origen del conflicto... iba dirigido contra el propio gobierno. Desde el periodo de la reconstrucción, por otra parte, los desórdenes que requerían intervención federal se manifestaron principal-

mente a causa de las condiciones industriales. Los grupos se alineaban unos contra otros más bien que contra la unidad del gobierno." Bennett M. Rich, *The Presidents and Civil Disorder* (Washington, Brookings Institute, 1941), p. 212.

<sup>3</sup> Citado por Frank H. Underhill en "A United Nation is not Enough", *The Globe Magazine*, mayo 24, 1962, p. 5. Para una discusión más minuciosa acerca del parentesco entre la legitimidad y la democracia, véase S. M. Lipset, *Political man* (Garden City: Doubleday, 1960), pp. 77-90.

<sup>4</sup> Max Rheinstein, ed., *Max Weber on Law in Economy and Society* (Cambridge: Harvard University Press, 1954), p. xi.

<sup>5</sup> Una crisis de la legitimidad puede ocurrir aun cuando las formas tradicionales de autoridad se mantengan, si sus puntales sociales han sido minados, tal y como sucede a menudo cuando se hayan subordinado a gobernantes extranjeros. Beaumont advirtió este problema entre las tribus indias americanas durante su estadía en América con Tocqueville a principios de 1830: "(La mayoría) de las naciones (indias) del sur se inclinan aún ante un solo jefe, pero su autoridad es a menudo tomada a la ligera. La cadena de tradiciones sobre las cuales se instituyó se encontró deshecha, las costumbres que servían de apoyo fueron modificadas... a la servil obediencia sucedió un espíritu de salvaje independencia que no puede conducir a nada salvo al desorden." Gustave de Beaumont, *Marie or Slavery in the United States* (Stanford: Stanford University Press, 1958) pág. 241.

<sup>6</sup> David Apter, *The Gold Coast in Transition* (Princeton: Princeton University Press, 1955), p. 303. (Subrayado en el original.)

<sup>7</sup> Ver Edward Shils, "The Concentration and Dispersion of Charisma", *World Politics*, 11 (1958), pp. 2-3 e Immanuel Wallerstein, *Africa, Politics of Independence* (Nueva York: Vintage, 1961), pp. 85-102.

<sup>8</sup> Para una discusión sobre este punto consúltese a W. G. Runciman, "Charismatic Legitimacy and One-Party Rule in Ghana", *European Journal of Sociology* (por aparecer); y mi discusión en "Party Systems and the Representation of Social Groups", *European Journal of Sociology*, 1 (1960), pp. 81-82.

<sup>9</sup> Marcus Cunliffe, *George Washington, Man and Monument* (Nueva York: Mentor Books, 1960), pp. 20-21. "Una figura legendaria desde la Revolución, Washington alcanzó las últimas cimas de la apoteosis con la adopción de la Constitución y el establecimiento del nuevo gobierno... Sedgwick escribió... 'Hoy comí con el Presidente y, como siempre, la compañía permanecía tan grave como en un funeral. Durante todo el tiempo que estuvimos a la mesa el silencio se parecía más al de un culto que a la despreocupación de un agradable convivio...' Si las operaciones del gobierno hubiesen reflejado la atmósfera que rodeaba a Washington, la monarquía hubiera sido cosa de un breve paso adelante." Joseph Charles, *The Origins of the American Party System* (Nueva York: Harper Torchbooks, 1961), páginas 38-39. Una revista de la literatura extranjera de la época nos dice que "George Washington ejercía una poderosa atracción personal sobre los ingleses y europeos que se llegaban hasta Filadelfia o Mount Vernon... era la encarnación física del idealismo democrático del siglo dieciocho." Thomas D. Clark, "Travel Literature", citado por John F. McDermott, ed., *Research Opportunities in American Cultural History*, (Lexington: University of Kentucky Press, 1961), p. 52.

<sup>10</sup> Cunliffe, *op. cit.*, pp. 15-16, 22. Al escribir sus observaciones sobre América en la primera década de 1830, el amigo y compañero de viaje de Tocqueville, Gustave de Beaumont, puntualizó: "En América... no busquéis... monumentos erigi-

dos a la memoria de los hombres ilustres. Sé que este pueblo tiene sus héroes, pero en ninguna parte he visto sus estatuas. A Washington solamente, le han erigido bustos y columnas e inscripciones; es porque Washington, en América, *no es un hombre, sino un Dios.*" Beaumont, *op. cit.*, p. 106. (Los subrayados son míos.)

<sup>11</sup> Cunliffe, *op. cit.*, p. 136, 149-150.

<sup>12</sup> Al conquistar el respeto de los dos líderes faccionales fue capaz de actuar como un símbolo de unificación. "Tanto Hamilton como Jefferson respetaban al Presidente y creían ser fieles tanto a él como a sus diferentes ideas respecto a la Unión. En su presencia no reñían, y todas sus quejas y dificultades iban dirigidas del uno al otro, pero nunca a Washington... Si Washington era un tanto distante o apartado... no era ni tonto ni débil." *Ibid.*, p. 141.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 147.

<sup>14</sup> Los federalistas de Hamilton, en su totalidad, contemplaron con pavor el terrorismo de la Revolución Francesa y eran probritánicos; por su parte los partidarios de Jefferson, llamados republicanos, eran prorrevolucionarios y profranceses. En el transcurso de su segundo ministerio, también Washington se volvió partidario de la política federalista y fue atacado por varios periódicos republicanos y también por oradores, aunque siempre con muy respetuosos términos.

<sup>15</sup> Citado por Charles, *op. cit.*, p. 52 (subrayado en el original). Al escribir sobre los años 1830 el liberal inglés Harriet Martineau describió el halo de Washington en términos similares a los de Beaumont citados con anterioridad: "La influencia de Washington es un motivo de conversación o ensayo siempre difícil de abordar, si se quiere ser fiel a la verdad y hacer una correcta interpretación. En su nombre hay más palabras de las que puedan decirse sobre su poder sobre los hombres. Es Washington el hombre, no el Presidente, cuyo nombre pronuncian amorosamente, cuyo retrato sonríe benigno en cada lugar habitado de su congregación de repúblicas. Y es aún Washington el hombre, no el Presidente, cuyo nombre es sagrado por encima de todos los otros para los afiliados a todos los partidos políticos." Harriet Martineau, *Society in America* (Garden City: Doubleday-Anchor Books, 1962), p. 82.

<sup>16</sup> He elaborado el concepto democracia en otros escritos. Véase mi *Political Man op. cit.*, pp. 45-47; "Party Systems and the Representation of Social Groups". *op. cit.*, pp. 50-53; "Introduction" a Robert Michels, *Political Parties* (Nueva York: Collier Books, 1962), pp. 33-35; y S. M. Lipset, M. Trow y J. S. Coleman, *Union Democracy* (Glencoe: The Free Press, 1956), pp. 402-412.

<sup>17</sup> Discutido y citado por Dennis Austin en "Strong Rule in Ghana", *The Listener*, enero 25, 1962, p. 156. (Los subrayados son míos.)

<sup>18</sup> *Loc. cit.* David Apter describe estos problemas como sigue: "Las nuevas naciones se hallan plagadas de casi toda clase de problemas habidos y por haber. Se ven copadas por la urgencia de realizar tareas inmediatas y prácticas como la de organizar servicios médicos, sanitarios, educativos, de transporte y demás, así como la de mejoramiento urbano, reservas alimenticias y otras necesidades básicas para el nivel de subsistencia." Al tratar de encarar estos dilemas y ante el apremio del pueblo, hambriento de alguno de los beneficios prometidos, es fácil observar cómo el debate, la crítica y la oposición llegan a ser vistas por aquellos que tratan de llevar adelante esta revolución, como influencias embrutecedoras y antiprogresivas que frenan la consecución de las metas y destruyen las sutiles bases del censo y de la autoridad. A causa de estos mismos factores, la oposición política,

de acuerdo con Apter, requiere un campo de acción más limitado y especializado que el acordado en los países estables industrializados. Ver "Algunas reflexiones sobre el papel de una oposición política en las Nuevas Naciones", *Comparative Studies in Society and History*, 4 (1962), p. 154; consultar además a Rupert Emerson, en *From Empire to Nation* (Cambridge: Harvard University Press, 1960), páginas 272-292.

<sup>19</sup> Runciman, *op. cit.* David Apter ha sugerido que los factores que determinan la conducta tanto de los grupos gubernamentales como de los opositores han sido siempre nocivos para el desarrollo de las oposiciones legítimas en los nuevos Estados. Los líderes de tales Estados han monopolizado la lealtad nacional durante la fuerte lucha contra el poder colonial, y cualquier oposición no viene a ser sino una traición a causa de ello. Contrariamente, los grupos y líderes de oposición generalmente se han familiarizado con la política mientras participan en la lucha contra el opresor colonial, desarrollando así una concepción antigubernamental de la política que identifica los esfuerzos por el cambio de gobierno con la necesidad de un cambio absoluto en el carácter fundamental del país. *Op. cit.*, p. 154.

<sup>20</sup> Charles, *op. cit.*, p. 42.

<sup>21</sup> Smesler, *op. cit.*, pp. 394-395 (los subrayados son míos).

<sup>22</sup> John C. Miller, *Crisis in Freedom The Alien and Sedition Acts* (Boston: Little, Brown and Co., 1951), p. 14.

<sup>23</sup> Smesler, *op. cit.*, pp. 397-398.

<sup>24</sup> En 1797, hubo un infructuoso intento de consignar a un congresista republicano por "difamación sediciosa", "calumnias infundadas contra el infortunado gobierno de los Estados Unidos", el cual apoyaba el procurador general. Leonard W. Levy, *Legacy of Suppression. Freedom of Speech and Press in Early American History* (Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press, 1960), p. 241.

<sup>25</sup> Véase Miller, *op. cit.*, y James M. Smith *Freedom's Fetters, The Alien and Sedition Laws and American Civil Liberties* (Ithaca: Cornell University Press, 1956).

<sup>26</sup> John Spencer Bassett, *The Federalist System* (Nueva York: Harper and Bros., 1906), pp. 258-259.

<sup>27</sup> *Ibid.*, pp. 263-264. "Dicho todo, los jueces federalistas encarcelaron y multaron a 70 hombres bajo el Acta de Sedición... Con pocas excepciones los juicios fueron pantomimas de justicia dominados por jueces que veían la traición bajo cualquier expresión de sentimientos republicanos. Grandes jurados para figurar en los procesos y pronunciar el monótono veredicto de culpabilidad, eran elegidos aquí y allá por los alguaciles de los Estados Unidos federalistas en desafío a los estatutos, que prescribían procedimiento legal. Los jueces ridiculizaban a menudo a los abogados defensores e interrumpían sus alegatos en forma tan vergonzosa que muchos abandonaban los casos dejando al acusado a merced de la corte." Richard Hofstadter, William Miller y Daniel Aaron, *The American Republic*, Vol. I.

<sup>28</sup> Los federalistas "declararon en efecto que había sólo dos partidos en los Estados Unidos, Federalistas y Jacobinos: uno era el partido del americanismo y el constitucionalismo, el otro pugnaba por hacer de la República una provincia francesa y destruir la Constitución. Edmund Burke decía que era imposible poner en el banquillo de los acusados a todo un pueblo; los federalistas acusaban implícitamente a la mitad del pueblo, y por ello fueron promotores de su propia caída". *Ibid.*, p. 77.

<sup>29</sup> William O. Lynch, *Cincuenta años de Combate Partidario (1789-1837)*

(Indianapolis: Bobbs Merrill, 1931), pp. 122-123. Mientras estaban aún en el poder, "el punto de vista federalista era que sus oponentes no constituían el otro partido, sino simplemente un 'partido', o 'facción'; no la 'oposición' que algún día podría heredar las riendas del gobierno." Cunliffe, *op. cit.*, p. 12a. "El partido de Jefferson y Madison nunca fue reconocido como partido legalmente constituido: aun después de que Jefferson se convirtió en Presidente, para los federalistas él era todavía el líder de una 'facción' cuyo objetivo era la subversión de la Constitución." Miller, *op. cit.*, p. 11. Una de las quejas que varios Federalistas expresaban contra los republicanos jeffersonianos era que "habían hecho grandes esfuerzos por ganar popularidad y se habían arruinado buscando votos". Smelser, *op. cit.*, p. 395. "El primer partido —los federalistas hamiltonianos— estaba inspirado en el modelo inglés: un grupo de líderes asociados no muy firmemente en una política común, a la espera de dirigir los votos en parte por su política y en parte por su influencia. Fracasó en el desarrollo de cualquier grado de organización y, por esto mismo, su carrera como partido nacional fue de corta vida. Sus oponentes republicanos, sin control del gobierno y casi siempre, antes de 1800, sin mayoría en el Congreso, se vieron obligados a utilizar la organización popular. Formando Sociedades Democráticas... los republicanos desarrollaron un partido que se nutría de la vida de las unidades locales..." W. R. Brock, "El Carácter de la Historia Americana (Londres: Macmillan and Company, 1960).

Para un análisis del ocaso final del Federalismo ver Shaw Livermore, Jr., *El crepúsculo del Federalismo. La Desintegración del Partido Federalista 1815-1830* (Princeton: Princeton University Press, 1962).

<sup>80</sup> Miller, *op. cit.*, p. 231. En diciembre de 1800, un editor federalista "fue multado con dos mil quinientos dólares en la corte de Pennsylvania por difamar a un republicano. El monto de esta suma fue comparado por los aturridos federalistas con la multa de doscientos dólares impuesta a Abijah Adams por publicar un libelo sobre la legislatura de Massachusetts y con las multas impuestas por jueces federalistas bajo el Decreto de Sedición. '¡Qué diferencia hay entre las oportunidades de un federalista entre los jacobinos, y las de un jacobino entre los federalistas!' exclamaban. 'Los fanfarrones amigos de la libertad de prensa infligen un castigo diez veces más severo cuando sus caracteres son escudriñados.'" *Ibid.*, p. 229. En Nueva York, el año de 1803 el gobernador George Clinton, amigo de Jefferson, obtuvo la acusación contra un libelo sedicioso contra el editor del periódico federalista, quien fue declarado convicto en un juicio presidido por el presidente de la Suprema Corte, demócrata futuro gobernador de Nueva York. El juez exhortó al jurado diciendo que "la verdad no era una defensa contra el cargo de difamación sediciosa, de que su único deber consistía en averiguar si en efecto el defendido había publicado la aseveración (de que Jefferson había sobornado a un editor para denunciar a Washington) inculpada." Levy, *op. cit.*, pp. 297-298.

<sup>81</sup> *Ibid.*, p. 300. El Estado procesó a un editor federalista poco después.

<sup>82</sup> Jefferson alegó en 1809 que los procesos habían sido instituidos sin su conocimiento, pero Leonard Levy concluye en que el examen histórico indica que si acaso habían sido iniciados sin su conocimiento "él supo de ellos... cerca de cuatro meses antes de que fuesen sometidos a la corte, aprobándolos hasta algunos meses más tarde, cuando hizo pública su desaprobación". *Ibid.*, pp. 302-305. Levy añade que una de las "difamaciones", el cargo a Jefferson de que siendo joven había intentado seducir a la esposa de un amigo, era demostrablemente cierto y que cuando

Jefferson supo que esto formaba parte del caso buscó la manera de anular los cargos.

<sup>33</sup> Un antiguo relato sobre las relaciones de Jefferson con la prensa concluye: "(Él) se había declarado contra las leyes temporales de sedición calificándolas de complot contra la libertad de prensa y ataque a la prensa libre, pero él habría hecho lo mismo; había querido reformar el periodismo, pero su idea de reforma era la del personaje de la novela de Beaconsfield del hombre condescendiente: 'uno que condescienda conmigo'." Ver W. C. Ford, "Jefferson y el periódico", *Records of the Columbia Historical Society*, Volume 8 (Washington: 1905), p. 110.

<sup>34</sup> Levy, *op. cit.*, pp. 307-308 (subrayado en el original).

<sup>35</sup> "Casi todo mundo se decía republicano jeffersoniano en aquellos días, y los conflictos políticos en escala nacional eran más bien conflictos entre personalidades que conflictos entre principios o programas." George Dangerfield, *The Era of Good Feelings* (Nueva York: Harcourt, Brace and Co., 1952), p. xiii. Consultar además a Bradford Perkins, *Prologue to War* (Berkeley: University of California Press, 1961), páginas 33-45.

<sup>36</sup> Citado en *Ibid.*, pp. 99-100. Hizo esta declaración en 1807 siendo todavía presidente. (Subrayados míos.)

<sup>37</sup> Apter, *The Gold Coast...*, *op. cit.*, p. 322-323.

<sup>38</sup> Samuel Rezneck, "The Rise and Early Development of Industrial Consciousness in the United States, 1760-1830", *Journal of Economic and Business History*, 4 (1932), pp. 784-785.

<sup>39</sup> *Ibid.*, p. 788. Como Secretario del Tesoro, Hamilton, aunque nada poseía de la Compañía, era prácticamente el principal fiador y director de la Sociedad para Establecer Manufacturas Útiles, de Nueva Jersey, a la cual iba aparejada desde el principio la Manufacturera Nacional. "Por espacio de varios años después de 1787 cualquier empresa industrial, fuese de carácter público o privado, era identificada con el interés nacional y ayudaba al estímulo y surgimiento de la conciencia industrial en el país." Tench Coxe, Secretario Asistente del Tesoro y mano derecha de Hamilton, ideó un original esquema para elevar el capital, mismo que adoptó Hamilton en su Informe sobre las Manufacturas. "Formó parte del programa de la Sociedad de Nueva Jersey..., para el cual se propuso movilizar la recientemente fundada deuda nacional. El capital de la compañía se pagaría en certificados públicos o pagarés, sobre lo cual podría conseguirse un empréstito en Amsterdam con menos del 6 por ciento." pp. 793-794.

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 799; V. L. Parrington, *Main Currents in American Thought* Vol. 1 (Nueva York: Harcourt, Brace and Co., 1930), pp. 347-348.

<sup>41</sup> De "The Democrat" citado en "Mercury", octubre 24, 1811, según Richard Purcell, *Connecticut in Transition, 1775-1818* (Washington, D. C.: Asociación Histórica Americana, 1918), p. 132.

<sup>42</sup> Ver Fred A. Shannon, *America's Economic Growth* (Nueva York: Macmillan Co., 1940), pp. 187-201, para una exposición de la política de tarifas protectoras de los Estados Unidos.

<sup>43</sup> Mercaderes foráneos, responsables de las compras que hiciesen a otros, aprobaron estas medidas que garantizaban la calidad y añadían el prestigio de la aprobación estatal de bienes. Oscar Handlin y M. F. Handlin, *Commonwealth: A Study of the Role of Government in the American Economy: Massachusetts, 1774-1861* (Nueva York: New York University Press, 1947), pp. 72, 67.

<sup>44</sup> "En 1780, una lotería de \$200 000 financió caminos en los condados de

Berkshire y Hampshire." Procedimientos similares se utilizaron para levantar los fondos necesarios para construcción o reparación de puentes y "en 1782... para construir una fábrica de papel en Milton y, en 1783 para una fábrica de vidrio en Boston". *Ibid.*, p. 73.

<sup>45</sup> En Connecticut, el gobernador John Cotton Smith "se inclinaba hacia una política de subvenciones y exenciones por parte del Estado, en especial en el caso de las manufacturas domésticas o de aquellas en contacto con la agricultura. La Asamblea de Mayo, 1817... declaró exentas de impuestos a las fábricas de lana y algodón por espacio de cuatro años, y a los empleados de estas fábricas se les eximió del servicio militar y del impuesto electoral". Purcell, *op. cit.*, p. 136.

En Massachusetts "(L)a agricultura tenía asegurada la ayuda de 4 libras por cada cabeza de lobo destructor de cosechas. En 1786, 1788 y 1791 las leyes garantizaban una subvención para la producción de cáñamo", que beneficiaba la industria naval, y esta subvención era extensiva para "los agricultores que lo recolectaran, los cordeleros y los mercaderes. Un subsidio semejante fue destinado a la manufactura de lona dril y bramante en Boston, en 1788 y 1791..."

Variaciones de la subvención eran los préstamos ocasionales del Estado a "las empresas, como fue el préstamo de 300 libras a Benjamin Shepard para la manufactura de mercancías de algodón en Wrentham. Se declararon exentas de impuestos las vidrierías de Boston, las fábricas de algodón de Worcester, Rehobot y muchas otras partes, por periodos de cinco a diez años. Cervecerías que producían cien barriles anuales recibieron idéntica concesión para estimular la producción de tan saludable bebida, a fin de crear un producto de exportación y proveer un mercado para los agricultores. El trabajo de la sal y del azúcar obtuvo las mismas ventajas por algún tiempo." Handlin and Handlin, *op. cit.*, p. 84.

<sup>46</sup> *Ibid.*, pp. 76-78.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 105. Entre 1792 y 1800 había 23 asociaciones garantizadas para construir puentes. "Cartas de privilegios para puentes... todas incluían el lucrativo derecho a cobrar portazgo. A cambio de todo esto la legislatura imponía condiciones bien definidas: término del trabajo en un plazo limitado, y construcción del mismo en consonancia con planes específicos, cuyo menor cambio requería consentimiento de la Suprema Corte... El patrón estatal, a pesar de estas reglas implantadas por él era indulgente en la administración. Cuando los portazgos originales parecían insuficientes para sustentar dividendos donaba tierras elevaba las tarifas, alargaba el tiempo de construcción y la duración de la franquicia."

"La exigencia de mejorar llevó también a un grado considerable la construcción de canales. Las comunidades regionales necesitaban mejores caminos acuáticos para traer mercados más cercanos a los agricultores y facilitar el transporte de madera aserrada. Los comerciantes buscaban también un modo más sencillo de navegar en los grandes ríos que cruzaban los Estados." pp. 113-115.

<sup>48</sup> Louis Hartz, *Economic Policy and Democratic Thought: Pennsylvania, 1776-1860* (Cambridge: Harvard University Press, 1948), p. 38.

"Entre 1790 y 1860, aparte de las incorporaciones bajo leyes generales, la legislación de Pennsylvania garantizó 2 333 cartas de privilegio para fines de negocios... Una buena mitad de las cartas de negocios garantizadas por un acta especial de la legislatura desde 1790 a 1860, estaban relacionadas con los transportes." p. 38.

<sup>49</sup> Esto alcanzó su apogeo en la carta de privilegios garantizada al Second Bank en 1835, donde se pedían subscripciones de bonos "...por un valor de

\$675 000 para diez compañías de transporte y se fijaban garantías de ayuda financiera a otras doce, sumando un total de \$139 000." *Ibid.*, pp. 46-47. "Los bancos estaban (también) obligados a prestar sumas al Estado, generalmente en sumas equivalentes al 5% del capital total al 5% de interés si tales préstamos eran necesarios. La carta de privilegios garantizada al Banco de Pennsylvania, el primer banco estatal incorporado, le exigía un préstamo al Estado por valor de \$500 000 a un interés no excedente del 6%, a fin de establecer una oficina de préstamos para ayuda de los agricultores. La ganancia derivada tanto de los bonos como de la política de préstamos vino a ser especialmente atractiva durante la década de 1830, cuando las necesidades monetarias para la construcción de obras públicas creció considerablemente, y no cabe duda de que la sobreexpansión de los bancos en ese periodo se debe en cierta medida a ello." p. 55.

<sup>50</sup> Shannon, *op. cit.*, p. 210. (Paréntesis mío.)

<sup>51</sup> Hartz, *op. cit.*, p. 88.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 145.

<sup>53</sup> "Para 1805 los cupones pagados a través de Barings [Hnos., Londres], representaban un capital nominal de 5 747 283. Esta suma incluía, más la deuda vigente de los Estados Unidos en el extranjero, cuando menos siete millones de dólares en el capital del First Bank de los Estados Unidos. En cuanto la deuda, foránea y doméstica, fue saldada, los valores habidos por los británicos disminuyeron. La extinción del Banco en 1811 y la guerra de 1812 redujeron a 1 500 000 la cifra sobre la que Barings pagaba dividendos..."

"Un movimiento más progresivo tuvo lugar después de la guerra. En 1817 y 1818 se hicieron préstamos temporales en metálico al Second Bank de los Estados Unidos. Esto fue la base de una inversión permanente en el activo de esa institución, que en 1820 alcanzó la cantidad de tres millones de dólares. Otro millón fue añadido a esa suma en 1828, y el total de la cifra se duplicó durante los tres años siguientes. De 300 000 acciones privadas, 79 159 fueron retenidas en el extranjero por 466 accionistas en julio de 1831... Mientras tanto parte de la deuda pública americana había vuelto al extranjero. Catorce millones de ella eran propiedad de inversionistas ingleses en 1828 y cinco millones de otros acreedores europeos." Leland y Hamilton Jenks, *The Migration of British Capital to 1875* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1927), p. 66.

<sup>54</sup> W. B. Smith y A. H. Cole, *Fluctuations in American Business 1790-1860* (Cambridge: Harvard University Press, 1935), p. 42.

<sup>55</sup> Leland y Hamilton Jenks, *op. cit.*, pp. 68, 73, 75, 77, 85, (subrayados míos); Frank Thistlewaite, *The Great Experiment* (Cambridge: Cambridge University Press, 1955), pp. 71-78.

<sup>56</sup> H. J. Habakkuk, *American and British Technology in the Nineteenth Century* (Cambridge: Cambridge University Press, 1962), p. 71.

<sup>57</sup> Estos dos factores, la ética protestante y las inversiones extranjeras pueden considerarse substitutos funcionales de la ideología socialista del presente y la ayuda extranjera. Incidentalmente, resulta cada vez más común observar que el marxismo, el comunismo y el socialismo cumplen en el siglo veinte el papel que la ética protestante cumplió en la Europa occidental y en Norteamérica en los siglos dieciocho y diecinueve, esto es el de fomentar el trabajo y el desarrollo económico con nuevas motivaciones.

<sup>58</sup> Charles L. Sanford, *The Quest for Paradise. Europe and the American Moral Imagination* (Urbana: University of Illinois Press, 1961), pp. 158-163.

<sup>59</sup> Jane L. Mesick, *The English Traveller in America, 1785-1835* (Nueva York: Columbia University Press., 1962), pp. 309-310.

<sup>60</sup> *Ibid.*, pp. 64-65, 306-308.

<sup>61</sup> Hofstadter, *et al.*, *op cit.*, p. 432.

<sup>62</sup> "En 1784, nos cuenta un viajero, las exportaciones de los Estados Unidos alcanzaron la cifra de \$4 000 000 y las importaciones la de \$18 000 000; para 1790, las primeras habían aumentado a \$6 000 000 mientras que las importaciones estaban ahora valuadas en \$17 260 000. Un examen de las estadísticas de Bristad revela el hecho de que, comenzando en 1791, el comercio de exportación habíase incrementado firmemente. Para 1816 había llegado a los \$81 920 452 a pesar de dos retrocesos durante el Largo Embargo y la segunda guerra con Gran Bretaña. En 1825, de acuerdo con Harriet Martineau, las exportaciones representaban un valor de \$3 000 000 más que las importaciones, estimadas en \$96 000 000. Para 1835, las importaciones eran de \$126 000 000 contra \$104 000 000 en exportaciones." Mesick, *op. cit.*, p. 183.

<sup>63</sup> Henry Adams, *History of the United States During the Administration of James Madison*, Libro IX (Nueva York: Albert and Charles Boni, 1930), pp. 172-173. Un estudio de los relatos escritos por viajeros del extranjero antes de la Guerra Civil informa que la mayoría de estos escritores describieron entonces "el patrón esencial de la moderna producción en masa." Resumen de un estudio no publicado de Marvin Fisher, "La Exclusividad de la Industrialización Americana vista por Observadores Europeos, 1830-1860". Esto se discute además en "The Doctrine of Mass Production", de Eric Larabee, y en *American Perspectives*, de Robert Spiller y Eric Larabee, (Cambridge: Prensa de la Universidad de Harvard, 1961), p. 207.

<sup>64</sup> D. W. Brogan, *American Themes* (Londres: Hamish Hamilton, 1948), p. 37.

<sup>65</sup> Amitai Etzioni ha dicho que en Israel y en la mayoría de los nuevos Estados contemporáneos "las ideologías de izquierda o de centro y los grupos que las representan tienen posiciones políticas, económicas y de un prestigio más fuerte que las fuerzas derechistas o liberales... Ser socialdemócrata en Israel, —y esto rige en la mayoría de los países recientemente desarrollados— implica estar en conformidad con la mayor parte de los miembros políticamente conscientes de la sociedad." "Alternative Ways to Democracy: The Example of Israel", *Political Science Quarterly*, 74 (1959), pp. 213-214.

<sup>66</sup> Leon Samson, *Towards a United Front* (Nueva York: Farrar and Rinehart, 1933).

<sup>67</sup> Un estudio de las teorías americanas durante la Revolución concluye así: "Si hubo consecuencias serias para América del silenciamiento y expulsión de los adictos a la Corona, ciertamente no fueron de índole social ni (en un sentido limitado) política. Puede afirmarse que fueron más bien consecuencias filosóficas: los *tories*, conservadorismo orgánico representante de una corriente del pensamiento que no pudo reaparecer en América después de la Revolución. Una parte substancial de todo el espectro de la filosofía social y política europea pareció deslizarse fuera de la perspectiva americana." William H. Nelson, *The American Tory* (Londres: Oxford University Press, 1961), pp. 189-190.

<sup>68</sup> Walter Bagehot, *The English Constitution* (Londres, Oxford University Press, 1928), p. 141.

<sup>69</sup> “Los federalistas retrocedieron ante el prejuicio y violencia de las masas, declarando que no podía tenerse confianza a la incompetencia... Expresaron un desprecio abierto...” John Basset, *op. cit.*, p. 295. Los federalistas de Nueva Jersey se autocalificaron en 1800 como “el partido de la riqueza y del talento”... (pidiendo) ‘bien la continuación de nuestro gobierno en manos de hombres opuestos a teorías no aplicadas hasta hoy, innovaciones peligrosas y apegados al *orden existente de cosas*; o bien el abandono del gobierno a la dirección de aquellos cuya conducta, cuyos escritos y puntos de vista, ¡son revolucionarios! La cuestión era si los pocos hábiles y capacitados dirigirían a los muchos inestables, irracionales y posiblemente desordenados y destructivos.” Walter Fee, *The Transition from Aristocracy to Democracy in New Jersey, 1789-1827* (Somerville: Somerset Press, 1933), p. 107. Un impreso federalista describió a sus oponentes como “los descontentos, los ambiciosos, los sin principios y los decepcionados de nuestros propios compatriotas”, junto a varias clases de extranjeros. (p. 111.)

Los jeffersonianos, por otra parte, hacían énfasis en el concepto revolucionario de la igualdad. “Los republicanos construyen su filosofía política y social sobre el concepto de la igualdad humana. Para los republicanos de Jersey, la igualdad tiene varios aspectos. Significa la posesión de derechos civiles y privilegios disfrutados por cualquier otra persona. La protección del propio gobierno a través de este sistema de leyes y cortes judiciales debía ser igualmente accesible y libre para todos los hombres fuese cual fuese su posición e influencia; el servicio militar debería recaer por igual sobre los adinerados y sobre los que no lo son... La igualdad implica que las leyes debieran hacerse para los hombres comunes, puesto que básicamente ellos constituyeron la nación...” *Ibid.*, p. 101.

<sup>70</sup> En las elecciones de 1824 y 1828 todos los candidatos a la presidencia eran miembros nominales del mismo partido.

<sup>71</sup> Hartz, *op. cit.*, pp. 23-24; consultar además a Philip S. Klein, *Pennsylvania Politics, 1817-1832* (Filadelfia: Historical Society of Pennsylvania, 1940).

<sup>72</sup> “Los historiadores del Partido Liberal en Pennsylvania reconocen que la debilidad del partido era debida principalmente a la vaga reputación aristocrática que poseía, no a los puntos específicos de su programa. Los mismos liberales lo sabían. Trataron de robar a sus oponentes la bandera igualitaria llamando ‘federalista’ la administración de Jackson, (epíteto que como dijera Joseph Hopkinson amargamente, bastaba por sí mismo para arruinar las carreras políticas), y pretendiendo ser el verdadero partido de Jefferson.” Hartz, *op. cit.*, pp. 24-25. El editor liberal Horace Greeley “inició la publicación de un periódico llamado *El Jeffersoniano*, un nombre considerablemente más representativo de sus humildes lectores que de sus benefactores hamiltonianos”. Robert G. Gunderson, *The Log-Cabin Campaign* (Lexington: University of Kentucky Press, 1957), p. 31.

<sup>73</sup> Dixon Ryan Fox, *The Decline of Aristocracy in Politics of New York* (Nueva York: Columbia University Press, 1919), pp. 411-413. Para una descripción detallada de la campaña de 1840 ver a Gunderson, *op. cit.*

<sup>74</sup> Lee Benson, *The Concept of Jacksonian Democracy, New York as a Test Case* (Princeton: Princeton University Press, 1961), p. 261.

<sup>75</sup> Carl R. Fish, *The Rise of Common Man 1830-1850* (Nueva York, Macmillan Company, 1950), p. 165.

<sup>76</sup> Citado por Benson, *op. cit.*, p. 244.

<sup>77</sup> Y sus sucesores como el partido del Estado social más privilegiado tomaron el nombre por el cual los jeffersonianos eran mejor conocidos: republicanos.

<sup>78</sup> Para la discusión de la ideología liberal predominante en América consúltese a Louis Hartz, *The Liberal Tradition in America: An Interpretation of American Political Thought Since the Revolution* (Nueva York: Harcourt Brace y Cía., 1955); y a Clinton Rossiter, *Conservatism in America* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1955).

<sup>79</sup> "Desde la época de Benjamin Franklin y Phillip Freneau, los americanos han estado convencidos en su mayor parte de que su país tenía una misión especial que cumplir: la introducción de un orden político nuevo y mejor en el mundo. Si ha habido una idea a la que los americanos se adhieran como tales, es la convicción de que su país, como la única gran democracia del mundo, tenía la mejor forma posible de gobierno... Nuestras instituciones e ideas democráticas republicanas tenían que ser las únicas. Las oportunidades que América brindaba la hizo el símbolo del futuro y del progreso, pues estaba libre de las desigualdades y escollos del Viejo Mundo." Merle Curti, *Probing Our Past* (Nueva York: Harper and Bros., 1955), p. 220. Ver también Daniel Boorstin, *America and the Image of Europa* (Nueva York: Meridian Books, 1960), pp. 19-20. Curti examina un esfuerzo para presionar a América en el sentido de promover el establecimiento de instituciones democráticas en Europa en su ensayo "Young America" (pp. 219-245). Este movimiento, iniciado entre los intelectuales del Partido Demócrata en 1850, buscaba el apoyo de los Estados Unidos para Kossuth y la revolución húngara, así como para otros movimientos europeos similares. Aquellos que estaban envueltos en ello consideraban la expansión de las ideas americanas en Europa como una extensión de la expansión geográfica de América iniciada desde la Guerra Mexicana.

<sup>80</sup> Tocqueville nos brinda una magnífica ilustración de ese "arrojar el dado" con el ejemplo de la ampliación del derecho electoral. "Cuando una nación empieza a modificar los requisitos electorales, puede fácilmente preverse que, tarde o temprano, esos requisitos serán por completo abolidos. No hay regla más invariable en la historia de la sociedad: cuanto más se extienden los derechos electorales, mayor es la necesidad de extenderlos; pues al cabo de cada concesión la fuerza de la democracia crece y sus demandas aumentan con su fuerza." Ilustra este proceso señalando a Maryland: "Las leyes más democráticas fueron consecuentemente votadas por los mismos hombres cuyos intereses dañaban:... ellos (los hombres de intereses involucrados) mismos aceleraron el triunfo del nuevo estado de cosas; de modo que por un cambio singular el impulso demócrata resultó más irresistible en los Estados en que la aristocracia estaba más firmemente arraigada. El Estado de Maryland, fundado por hombres de rango, fue el primero en proclamar el sufragio universal y en introducir las formas democráticas en el conjunto que gobernaba." Alexis de Tocqueville, *Democracy in America* (los subrayados son míos), (Nueva York: Mentor Books, 1956), p. 57.

<sup>81</sup> Frank H. Underhill, *In Search of Canadian Liberalism* (Toronto: The Macmillan Company, 1960), p. 12.

<sup>82</sup> A. R. M. Lower, *Colony to Nation: A History of Canada* (Toronto: Longmans, Green and Co., 1946), pp. 114, 120.

<sup>83</sup> S. D. Clark, *Movements of Political Protest in Canada 1640-1840* (Toronto: University of Toronto Press, 1959), pp. 111-112.

<sup>84</sup> *Op. cit.*, pp. 38-41; Consultar también a Hans J. Morgenthau, *The Purpose of America Politics* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1960), pp. 11-37. Morgenthau dice que "la revolución que dio a luz a los Estados Unidos es la única verdadera revolución de la historia, por ser la única en que los hombres como creaturas de la historia eligen racionalmente ser sus creadores, para empezar de nuevo esa historia llevando ellos las riendas y aprendiendo sus lecciones para dar a la nación un nuevo propósito." p. 30.

El testimonio clásico que elabora el carácter radical y las consecuencias de la Revolución Americana es, por supuesto, el de J Franklin Jameson, *The American Revolution Considered as a Social Movement* (Boston: Beacon Press, 1956).

<sup>85</sup> Respalda estos juicios con documentos requeriría cuando menos un folleto. Intenté hacerlo brevemente pero con referencias a la literatura en mi próximo artículo "Democracy and the Social System".

<sup>86</sup> Ralf Dahrendorf, "European Sociology and the American Self Image", *European Journal of Sociology*, 2 (1961), pp. 364, 357; ver también Schlesinger, *op. cit.*, pp. 109-110.

<sup>87</sup> Esta idea será desarrollada en la sección siguiente, El Papel del Intelectual.

<sup>88</sup> "Por mucho que los miembros del gabinete de Washington disidieran en la mayoría de los asuntos, estaban todos firmemente convencidos de que los Estados Unidos debían evitar la guerra lo más posible y a cualquier costo. Diferían extensamente en cuanto a los medios de evitar la guerra, y tanto que cada miembro consideraba que los demás no eran sinceros en sus protestas de neutralidad. Si un observador, por imparcial que fuese, leyera por casualidad sólo ciertos fragmentos de las obras de uno y otro hombre, podría tener la impresión de que Jefferson habría recibido con los brazos abiertos la guerra con Inglaterra o de que Hamilton estaba dispuesto a una ruptura con Francia... Washington fue el único miembro del Departamento Ejecutivo en 1793 que se aproximó al punto de la verdadera neutralidad. Si tenía determinada preferencia, no hay testimonio de que la expresara. Con Jefferson y Hamilton había que tratar honestamente de mantener una real neutralidad a pesar de las predilecciones a menudo expresadas por ambos, en los círculos de su amistad. Jefferson estaba persuadido de que el destino de los Estados Unidos, del experimento, estaba ligado al éxito de los franceses... Hamilton... quería preservar la neutralidad de su país a pesar de ser tan partidario de Inglaterra como Jefferson de Francia." Charles M. Thomas, *American Neutrality in 1793* (Nueva York: Columbia University Press, 1933), pp. 14-18.

<sup>89</sup> *Ibid.*, pp. 35-37. La discusión giró acerca de un Tratado existente con Francia, el de 1778. Hamilton arguyó que el Tratado "debía ser suspendido o nulado. Basaba su postura en el principio de que el Tratado negociado con la Monarquía francesa no estaba ya en vigencia puesto que los franceses habían alterado su forma de gobierno con el establecimiento de una república. Jefferson replicó... que el Tratado no era 'entre los Estados Unidos y Luis Capeto sino entre las naciones de América y Francia; permaneciendo las naciones en existencia, aunque ambas hayan cambiado su forma de gobierno', el Tratado no fue anulado por tales cambios". Aquí Jefferson aplicó su "teoría de la santidad de los convenios internacionales bajo todas las circunstancias salvo la 'imposibilidad' o 'autodestrucción' y aseguró que en este caso las obligaciones pudieran considerarse, cuando mucho, 'peligrosas'... No eran peligrosas (sin embargo), puesto que Francia no había exigido que los Estados Unidos entraran en la guerra...".

"Monroe... en un escrito a Jefferson se denominaba abogado de la paz 'contra cualquier invitación a la guerra'. Ignoraría los insultos e irritaciones de Gran Bretaña y España. Querría ayudar a Francia en caso de derrota. Pero 'exponernos a su furia (aceptando las provocaciones de las naciones europeas) sería tan imprudente' como si un hombre sano se expusiera a manos de un lunático. 'Preservar la paz será difícil sin duda, pero al conseguirlo mostraremos nuestra sabiduría y magnanimidad...' Por otra parte, no podía concebir sobre qué principio se reclamaba el derecho a publicar la proclama de neutralidad." Stuart Gerry Brown, *The First Republicans* (Syracuse: Syracuse University Press, 1954), pp. 96-98.

<sup>90</sup> Thomas, *op. cit.*, p. 38.

<sup>91</sup> *Ibid.*, p. 40

<sup>92</sup> Durante la década de 1870 este consejo de paciencia, junto con sus principios libertarios, llevaron a los republicanos a condonar las tácticas agresivas de los gobiernos revolucionarios franceses a un punto cercano al límite de la resistencia, y bastante más allá de lo que parecía a los federalistas la última avanzada del patriotismo.

"Quince años después John Quincy Adams abandonó las filas federalistas para unirse a las republicanas precisamente porque la paciencia del Presidente Jefferson y la de Madison como Secretario de Estado, frente a la provocación británica, habían defendido la paz y la prosperidad hasta un punto en que la inminente guerra sería ampliamente popular y la responsabilidad moral pesaba sobre los hombres del enemigo." Brown, *op. cit.*, p. 92.

<sup>93</sup> D. R. Anderson, "The Insurgents of 1811", *Annual Report of the American Historical Association, 1911* (Washington: 1913), Vol. I, p. 167.

<sup>94</sup> Ver Adams, *op. cit.*, Libro V, pp. 133-153.

<sup>95</sup> Los del Oeste querían presionar sobre el territorio del lejano Oeste, cuyos ocupantes comerciaban con ingleses y canadienses, y también asegurarse el Canadá, en parte para reducir la fuerza india y en parte para extender el territorio americano. Para muchos, la presencia continua del gobierno inglés en suelo norteamericano significaba que la Revolución no había sido total. Véase Anderson, *op. cit.*, páginas 173-174; y Julius W. Platt, *The Expansionists of 1812* (Nueva York: Macmillan, 1925).

<sup>96</sup> En sus posesiones restantes de Nueva Inglaterra, los comerciantes federalistas "pudieron convencerse por sí mismos de que Jefferson y Madison estaban vendidos a Francia... los miembros federalistas del Congreso publicaron una carta a sus constituyentes... (la cual) declaraba que la guerra era innecesaria e inoportuna. Adams, *Op. cit.*, pp. 399-401.

<sup>97</sup> Jefferson, *Escritos*, X, citado por Brown, *op. cit.*, p. 130.

<sup>98</sup> Para una valoración de las fuerzas que afectaron a la antigua política americana véase a Felix Gilbert, *To the Farewell Address. Ideas of Early American Foreign Policy* (Princeton: Princeton University Press, 1961) esp. págs. 111-136.

<sup>99</sup> Samuel F. Bemis, *John Quincy Adams and the Foundations of American Foreign Policy* (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1949), pp. 567-568.

<sup>100</sup> Citado por F. E. Aschinger en "The United States and European Neutrals", *Swiss Review of World Affairs*, 12 (mayo de 1962), p. 15.

<sup>101</sup> Edward Shils, "The Intellectuals in the Political Development of the New States" (mimeografiado en 1962), pp. 3-4.

<sup>102</sup> *Ibid.*, p. 7.

<sup>103</sup> *Ibid.*, pp. 14-15.

<sup>104</sup> *Ibid.*, pp. 39, 41.

<sup>105</sup> Edward Shils, "Influence and Withdrawal: The Intellectuals in Indian Political Development", en Dwaine Marvick, ed., *Political Decision-makers* (Nueva York: The Free Press, 1961), p. 30.

<sup>106</sup> Edward Shils, "Political Developments in the New States", *Comparative Studies in Society and History*, 2 (1960), p. 276. Un proceso similar en el desarrollo de los movimientos revolucionarios occidentales es el que describe Harry J. Benda en "Non-western Intelligentsias as Political Elites", en la edición de John Kautsky *Political Change in Underdeveloped Countries* (Nueva York: John Wiley, 1962), páginas 250-251; ver también "Intellectuals and Politics in Western History", de Harry J. Benda, *Bucknell Review*, 10 (mayo de 1961), pp. 1-10.

<sup>107</sup> "La Convención Constitucional de 1787 ha sido llamada el primer *trust* americano. *Cuando menos treinta y uno de los cincuenta y cinco miembros habían sido educados en colegios coloniales* o en instituciones similares del extranjero. Muchos, incluso Franklin, resultaron estudiosos y científicos de primera línea en sus especialidades. Dos rectores universitarios y tres catedráticos sentáronse en la Sala de la Independencia... Muchos otros habían sido maestros de escuela." Merle Curti, *American Paradox. The Conflict of Thought and Action* (Nueva Brunswick: Rutgers University Press, 1956), 15-17. (El subrayado es mío.)

<sup>108</sup> Richard Hofstadter, "The Decline of the Gentleman", (en mimeógrafo, 1962) Capítulo V, p. 1.

<sup>109</sup> Daniel J. Boorstin, *The Americans. The Colonial Experience* (Nueva York: Random House, 1958), p. 205.

<sup>110</sup> *Loc. cit.*

<sup>111</sup> Esto requiere mayores consideraciones. En los nuevos Estados hay obviamente aún muchos intelectuales que trabajan como técnicos y servidores civiles en la burocracia del gobierno. Los intelectuales han sido rechazados, sin embargo, en tanto estrato político principal que mantiene influencia como "clase".

<sup>112</sup> Dixon Ryan Fox, *op. cit.*

<sup>113</sup> Hofstadter, "The Decline of the Gentleman", *op. cit.*, pp. 2-9.

<sup>114</sup> *Ibid.*, pp. 9-14.

<sup>115</sup> "El primer y verdadero impulso, poderoso y extenso del antintelectualismo en la política americana fue de hecho asumido por el movimiento jacksoniano. Su desconfianza hacia la experiencia, su disgusto por la centralización, su deseo de arrancar la raíz de las clases encumbradas y su doctrina de que las funciones de importancia eran lo bastante simples como para ser desarrolladas por cualquiera, llegaron hasta el repudio no sólo de un gobierno integrado por caballeros heredados por la nación del siglo dieciocho, sino también del valor especial de las clases educadas en la vida cívica." *Ibid.*, p. 16.

<sup>116</sup> Un estudio de las reacciones de los americanos visitantes de Inglaterra en la primera mitad del siglo de la independencia de los Estados Unidos observa que "los dirigentes del pensamiento americano contemplaban con anhelo las maduras y rancias instituciones y luchaban por aprender e imitar... En asuntos culturales —sobre todo en educación, arte y literatura—, los ojos americanos estaban vueltos hacia los viejos órdenes. Esto era más palpable en la literatura que en los

otros aspectos de la vida cultural.” Robert E. Spiller, *The American in England During the First Half Century of Independence* (Nueva York: Henry Holt and Co., 1926), pp. 387-388. Un estudio de los artistas americanos de esta misma época lleva a la misma conclusión. Los pintores que volvían del extranjero traían con ellos la convicción de “que eran trabajadores de segunda categoría y nunca producirían un arte verdadero. Ninguna convicción intelectual profunda yacía tras la tradición vernácula de los Estados Unidos.” James T. Flexner, *The Light of Distant Skies, 1760-1835* (Nueva York: Harcourt, Brace and Co., 1954), p. 64-65. Ver también Perkins, *op. cit.*, p. 97.

<sup>117</sup> “Aún ahora, cuando la vida intelectual americana está en la cumbre de su poder, gran número de intelectuales americanos de todas las disciplinas sienten hacia la Gran Bretaña —y en especial hacia Oxford, Cambridge y Londres—, lo que los intelectuales romanos de la antigüedad sentían por Atenas. Una especie de sentimiento de inferioridad ante una cultura de mayor refinamiento, sutileza, profundidad, persiste todavía —incluso entre los que deliberadamente profesan una actitud populista—. En los Estados Unidos, también, el provincialismo es —a pesar de los tremendos cambios de fortuna— una herida. Los intelectuales luchan todavía por escapar a su dolor.” Edward Shils, “Metropolis and Province in the Intellectual Community”, en las ediciones de V. M. Dandekar y N. V. Sovani *Changing India* (Bombay: Asia Publishing House, 1961), p. 289.

<sup>118</sup> Consultar a Wallerstein, *op. cit.*, p. 65, y “Metropolis and Province...”, de Edward Shils, *op. cit.*, pp. 283-284. Shils ha descrito la situación a rasgos generales: “(La perspectiva intelectual occidental) ejerció una fascinación irresistible en ciertos estratos de las sociedades periféricas del centro europeo, y la situación no se hizo más soportable con la frecuente detracción de su propia cultura y sociedad que los admiradores encontraban... en las obras y actitudes de los intelectuales de la cultura extranjera a que se veían atraídos.

“Este sentimiento de inferioridad intelectual respecto al Occidente todavía existe en los países subdesarrollados, y a decir verdad en casi toda la periferia del centro europeo. Subsiste en la Unión Soviética, fue común en los Estados Unidos del siglo diecinueve y de los comienzos del veinte, y no ha muerto allí por completo. Entre los países totalitarios más atrasados y entre los intelectuales de los países subdesarrollados de Asia y África el sentimiento es muy fuerte. La fascinación por la perspectiva intelectual occidental ha sido principalmente fuerte en aquellas secciones de la población que también comparten el más ferviente nacionalismo. (Estas dos posiciones conflictivas están muy estrechamente conectadas entre sí).” Edward Shils, “The Prospects for Intellectuals”, *Soviet Survey*, N° 29 (1959), página 86.

<sup>119</sup> Edward Shils, “The Intellectuals and the powers: Some Perspectives for Comparative Analysis”, *Comparative Studies in Society and History*, 1 (1958), página 20. El gran líder de la política abolicionista, Charles Sumner, reveló todas las aparentes inconsistencias del intelectual de un país “provincial” que se mezclan en la política. “Pasó gran parte de su tiempo en el extranjero, avergonzado de su país y de sus compatriotas... Cuando se los comparaba con Gran Bretaña, concluye Sumner, los Estados Unidos eran lamentablemente faltos de cultura... Los colegios americanos eran terriblemente deficientes en comparación con las universidades europeas... Para el nivel acostumbrado en Europa, las profesiones en los Estados Unidos estaban débilmente encauzadas... Hasta el uso del lenguaje en

ios Estados Unidos era desaliñado, se quejaba Sumner, cuando un gran escritor como Longfellow podía, en mitad de un bello poema, 'cometer el americanismo *side-walk* (acera)'. Pero al mismo tiempo, en su viaje al extranjero "él tenía, aparte del de disfrutar de la sociedad inglesa, un sólo propósito: el de promover la difusión de 'las obras de cualquier americano, tendientes a inspirar respeto por las instituciones liberales'... Trató de interesar a los editores ingleses (en varios libros americanos)... Aseguró la publicación del primer artículo serio dedicado a Emerson en un periódico británico..." Y en menos de una década después de su visita juvenil a Inglaterra y Europa, Sumner justificaba su política abolicionista y sus esperanzas con juicios extremistas y populistas. Véase *Charles Sumner, and the Coming of The Civil War*, de David Donald (Nueva York: Alfred A. Knopf, 1960) pp. 60-61, 59-60, 180-182. (Subrayado en el original.)

<sup>120</sup> Citado por Hofstadter, "The Decline of the Gentleman", *op. cit.*, p. 15.

<sup>121</sup> *Ibid.*, p. 19. "En todos estos nuevos Estados (contemporáneos) los intelectuales han mostrado ansiedad acerca de si no se han dejado corromper por la excesiva permeabilidad a la tan admirada cultura extranjera. El identificarse con el pueblo, el calificar la cultura del pueblo común de más rica, verdadera y sabia, y más importante que la cultura extranjera en que han sido educados ellos mismos, ha sido una salida a sus angustias." Shils, "The Intellectuals and the Powers", *op. cit.*, pp. 20-21. La imagen negativa de América reflejada en los escritos de muchos conservadores europeos o educados a la europea, que existieron en gran parte de nuestra historia antigua, es respaldada con documentos por Merle Curti en "The Reputation of America Overseas, 1776-1860", capítulo de su libro *Probing our Past*, *op. cit.*, pp. 191-218. Los escritores americanos eran extremadamente sensibles a tales críticas, y en particular a los juicios negativos de los periódicos y revistas ingleses. Algunos replicaban con argumentos populistas "En la amarga guerra literaria, los campeones de América declaraban que si los escritos ingleses obtenían más éxito que los americanos, éstos en cambio estaban libres en su país de una élite literaria snob... Otro patriota insistía en que si los americanos no eran todavía capaces de escribir libros teóricos, contribuían a anticipar en la práctica el contenido de los que se escribían en el extranjero... ¡varios años antes de su aparición!" p. 200. Ver también a Flexner, *op. cit.*, pp. 231-234, 236.

<sup>122</sup> "Absorbidos por la expansión material, los americanos desaprobaban comúnmente lo que consideraban bagatelas inútiles. Éstas incluían el arte según lo predicaban los académicos... (los americanos temían además) que un alto grado de perfección en las bellas artes implicase pérdida de la libertad política y la concentración de la riqueza y el poder en manos de unos pocos." *Ibid.*, p. 244.

<sup>123</sup> Beaumont percibió muy bien el espíritu de esta cualidad en la vida de la joven América: "Apenas había nacido la nación americana cuando la vida pública e industrial absorbió toda su energía moral... Los americanos tienen demasiados intereses políticos para molestarse con los literarios..."

"En América, las ciencias se valorizan según la utilidad aplicable. Estudian las artes útiles pero no las bellas artes..."

"La literatura americana carece por completo de buen gusto —esa limitación refinada y sutil, ese delicado sentimiento que resulta de una mezcla de pasión y frío enjuiciamiento, entusiasmo y razón, espontaneidad y designio, que prevalece en la composición literaria de Europa. Para tener elegancia en el gusto, deben tenerse antes elegantes costumbres..."

"De este modo la literatura y las otras artes, en vez de ser invocadas por la pasión, vienen sólo en ayuda de la necesidad...

"Y no tratéis de agrandar... (a los americanos) diciendo que la identidad de lenguaje une a todas las mentes refinadas de Inglaterra con las de América; replicarán que la literatura inglesa no tiene nada que ver con la literatura americana...

"Nadie en América comprende una vida completamente intelectual que se sitúe más allá del mundo práctico y se alimente de sueños, especulaciones y abstracciones; esa existencia no objetiva que rehuye los asuntos de negocios, para la cual la meditación es una necesidad, la ciencia un deber, la creación literaria delicioso pasatiempo, que apoderándose de las riquezas de la antigüedad y de los tesoros de hoy, tomando una hoja de los laureles de Milton y de Virgilio, hace que el genio y la gloria de todas las edades acrecienten su propia riqueza." Beaumont, *op. cit.*, pp. 107-115.

<sup>124</sup> Consultar mi discusión de los orígenes del izquierdismo de los intelectuales americanos en *Political Man, op. cit.*, pp. 310-343.

<sup>125</sup> Ver *On Alien Rule and Self-Government*, de John Plamenatz, (Londres: Longman, Green and Co., 1960), pp. 47-48.

<sup>126</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>127</sup> Carl Bridenbaugh, *Rebels and Gentlemen, Philadelphia in the Age of Franklin* (Nueva York: Reynal and Hitchcock, 1942).

<sup>128</sup> Richard Schlatter, "The Puritan Strain", en John Highman, ed., *The Reconstruction of American History* (Nueva York, Harper Bros., 1962), pp. 39-42.

<sup>129</sup> J. Hector St. John Crèvecoeur, *Letters from an American Farmer* (Nueva York, Dolphin), pp. 46-47.

<sup>130</sup> Oficina de Censos, *A Statistical Abstract Supplement, Historical Statistics of the U. S. Colonial Times to 1957* (Washington, D. C., 1957), pp. 46-47.

<sup>131</sup> "¿Qué es entonces el americano, este hombre nuevo?... Es un americano, que habiendo dejado tras de sí prejuicios y modales antiguos, recibe otros nuevos del modo de vida que ha elegido... Se convierte en americano al ser recibido en el amplio regazo de nuestra gran *Alma Mater*. El americano es un hombre nuevo que actúa bajo nuevos principios; debe por lo tanto adquirir nuevas ideas y formar nuevas opiniones." Crèvecoeur, *op. cit.*, pp. 31-48.

<sup>132</sup> Consúltese a John R. Bodo, *The Protestant Clergy and Public Issues 1812-1848* (Princeton University Press, 1954), pp. 31-48.

<sup>133</sup> *Op. cit.*, pp. 319-320.

(Traducción de Rosa María Phillips)